

860-31 (866) Coronel
6822

226

MANUEL CORONEL

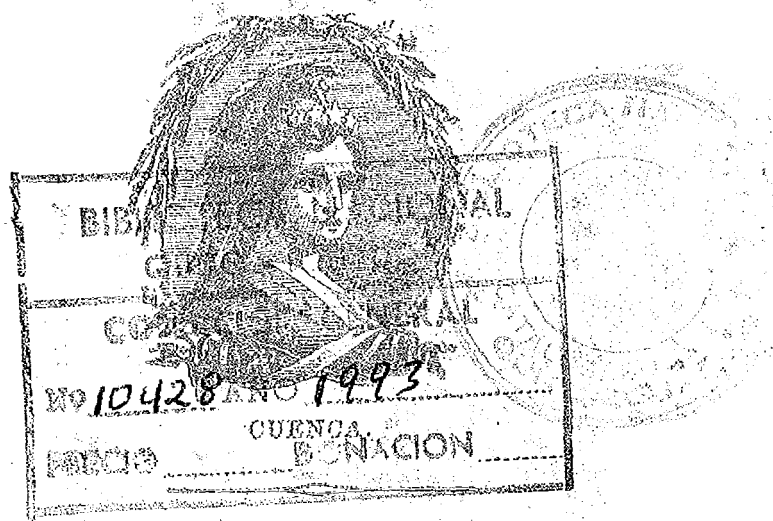
LA MUERTE

DE

SENIERGUES.

Leyenda Histórica.

Tercera edición



Imp. de "La Alianza Obrera"

004820-J.
1906.



La muerte de Seniergues.

LEYENDA HISTORICA,

En el año de 1871, y en el periódico «El Porvenir,» que se editaba en esta ciudad, publiqué una pequeña leyenda, que tiene por objeto principal la relación del grave suceso de la muerte de don Juan Seniergues, cirujano de la Compañía académica francesa, venida á estas regiones ecuatoriales, en 1736, con el objeto de medir un arco de meridiano, bajo la línea equinoccial. La muerte tuvo lugar en esta ciudad, entre Agosto y Setiembre de 1739, en un tumulto popular, provocado por Seniergues que era de carácter fogoso y altanero.

Este acontecimiento, que tanto dió que decir en Francia y España, bien merecía tratarse, pasado más de un siglo, por que con el transcurso del tiempo ceden las pasiones su lugar á la verdad, y los hechos pueden apreciarse y ser juzgados con crítica imparcial. Pero, mi ensayo, que así podré llamarlo, para ser completo y circunstanciado, tropezaba con varios inconvenientes, contándose entre ellos, la falta del proceso original, instruido para indagar las causas del asesinato de Seniergues, y castigar á los culpables; pues que á la mano no tenía sino una copia trunca de aquel expediente.

Encontrándome en Quito, en 1876, empleado en el Ministerio de Hacienda, en el Gobierno constitucional del Presidente Dr. Don Antonio Borrero, me propuse publicar una segunda edición de mi obrita, corregida y aumentada con los datos obtenidos en esa capital, y libre de ciertos embarazos que en 1871, no me permitían dar á mis trabajos toda la amplitud, y todo el colorido que es menester, para que tengan alguna importancia histórica y literaria. Mas cuan-

do habia dado á la estampa algunas páginas del folletito, en un periódico científico y literario que, por entonces, se publicaba en esa ciudad, he ahí, que la revolución política del ocho de Setiembre de dicho año de 1876, acaudillada en Guayaquil por el General Comandante General de esa plaza. Don Ignacio de Veintemilla, dió al traste con la empresa; y lo que es más motivó la pérdida de mis apuntes y borradores, y hasta del único ejemplar que conservaba de mi primera publicación.

Vuelto á Cuenca, á principios de 1877, después de la caída del Gobierno de Borrero con el triunfo que obtuvieron las armas de la traición, en los campos de Guaranda y Galte, pretendí reanudar mi labor, pero me fue imposible obtener un ejemplar de la primera edición de mi opúsculo; y me fue forzoso dar de mano á mi proyecto.

En estos últimos tres años en que la Academia francesa ha mandado repetir aquella medida geodésica de tanta importancia en el mundo científico; y enviado con ese objeto á esta República una

compañía de inteligentes en la materia, que mejor adoctrinados que los del siglo antepasado y disponiendo de instrumentos más perfectos pudieran verificar con toda precisión la mensura correspondiente, vino á despertar en mi ánimo el deseo de revivir mi obrita; y cuando me hallaba contrariado, siempre, con la falta de la primera edición, he ahí que un caballero curioso, amigo de coleccionar periódicos y otros impresos importantes, afición útil y envidiable, el Sr. Mariano Prado García, me comunica que él era poseedor de "El Porvenir;" y generosamente me proporciona los números respectivos que necesitaba para la consecución de mi proyecto.

Alentado con este precioso hallazgo, emprendo, pues, la segunda edición de mi leyenda, aprovechando de que los SS. RR. de « La Alianza Obrera » hayan puesto á mi disposición, con sumo interés, su laudable hoja periódica, para que la exorne con mi débil producción. Ojalá consiga contribuir al elevado y patriótico fin que se proponen los hijos el trabajo. Alejados estos obreros del estéril

é intolerable campo de la política, se han propuesto mejorar la condición de la clase media, inculcándole ideas sólidas y avanzadas, mediante la lectura de producciones literarias apropiadas al estado embrionario en que se encuentra. Así, y sólo así, se perfeccionarán sus costumbres, y ocuparán los artistas y los menestrales el importante puesto que les toca en la escala social.

Cuenca, Febrero de 1906.

MANUEL CORONEL.





La muerte de Seniergues.

LEYENDA HISTORICA

POR

MANUEL CORONEL.

I

PREPARATIVOS PARA UN PASEO.

En uno de los días del mes de Diciembre de 1866, varios jóvenes y señoritas se disponían á un paseo por las verdes llanuras de Tarquí. La mañana, en perfecta armonía con el corazón y con las ideas de nuestros viajantes, era el preludio de uno de esos bellos días primaverales, que se gozan en la parte meridional de la zona tórrida.

Las hermanas Amelia y Clotilde, pro-

movedoras del paseo, habían tenido la noche anterior un sueño inquieto y lleno de visiones hermosas. Abandonaron el lecho con el crepúsculo del día, y los primeros rayos del sol se quebraban en el grande y límpido espejo de su tocador. La más joven, risueña y alegre, cantando como el jilguerrillo que gorjea en los bosques,— ¡ay! Amelia, exclamó, sin dejar su peinado, me parece que hoy voy á conocer otros mundos. ¿Me tocará un caballo que se preste á los giros violentos é indefinibles de mi alma?

—Muy loca eres, le contestó Amelia; temo que ahora, como en otras ocasiones, me hagas pasar vergüenzas.

—Oh ¡niña injusta, niña desgraciada! En todos mis actos encuentras faltas, defectos, demasías. Dime, ¿provendrá esto de tu constitución orgánica, ó de una aberración del sentimentalismo?

—¡Sentimentalismo! Olá, qué bonita expresión ha aprendido Ud. señorita?... Clotilde, tú nada respetas, nada temes, de nada haces caso. Sino confiara en que la edad te ha de moderar, yo perdería el juicio por tí.

—Y si yo no tuviera esperanza de que la edad me ha de dar más energía, más independencia y, por lo mismo, más desprecio por las murmuraciones, por los juicios temerarios, en una palabra, por las cosas y los hombres malos, oh! á dónde fuera á parar?... Pero, hé ahí, dijo, sus.

pendiéndose repentinamente. Juan trae ya los caballos. ¡ Soberbio ! continuó, fijando su ávida mirada en los corseles: el moro es mio: Amelia, te cedo el negro.

—Gracias señorita, por su bondad, le contestó irónicamente la hermana; y luego, dirigiéndose al mozo que habia traído los caballos, ¿ dónde queda el patrón ? le preguntó.

— En casa del amo Fernando.

—Y Doloritas ya está lista?

—No sé, niña: creo que talvez no se ha de ir. Allí está llorosa sin componerse, ni hacer nada para el viaje.

—Ha de ser cosa de la *Perlita*. Ya la perra tendría cólico anoche, ó Fernando la pisaría al descuido, ó quién sabe qué tontería.

—No, niña, buena está la *Perlita*; la tiene en las faldas, porque está brava con todos. Oigo no sé qué cosa de un sombrero, que el niño Fernando no ha comprado, y quiere que vaya con uno de paja toquilla.

—Tiene razón; exclamó Clotilde, poniéndose polvo de arroz en la cara. Doloritas estaba aficionada de unos lindos sombreritos que han llegado donde Montesinos, adornados primorosamente con unos *bouquets* de flores; y ese bueno de don Fernando, no ha de querer darle el gusto de que hoy monte con uno de ellos.

—Pero, Clotilde, replicó Amelia; si el sombrero aquel de paja es muy fino,

bien compuesto y mucho mejor para el paseo, porque cubre el rostro y no se quema una tanto con el sol y el viento. Le he oído á Fernando, que hay hasta huracanes en el lugar á donde vamos.

—Aquello no importa, para eso es el velo y el polvo de arroz. Vé como estoy yo: pero montar como esas chazas con las crechas sueltas, eso nó. A mi, si papá no me hubiese dado este lindito (y se colocaba sobre la castaña una cosa como bonetito de terciopelo azul,) yo hubiera hecho los mundos ! y no me hubiera ido.

—Para quién hubiera sido el mal ?

II

EL CAMINO DE TARQUI.

El sol había ascendido ya sobre la mitad del cuadrante. Los labriegos de Zhiucay estaban bañados en el sudor que la fatiga del trabajo y el calor de una mañana seca, hacían brotar de todos los poros de sus robustos cuerpos. Los campos, á derecha é izquierda, negreaban bajo la lampa del desherbador, y los maizales tiernos se veían brotando, como hacecillos de esmeraldas, en los cuadriláteros formados de espinosos ágaves y corpulentos capulies. Los pastores de Tarqui condu-

cían sus rebaños á las faldas situadas al noreste de las colinas, para ampararse del sol de medio día. ¡Todo, en el cielo y en la tierra, estaba brillante y animado!

Nuestra pequeña y bulliciosa caravana vadeaba, entonces, el río Sanagustín, cerca de su embocadura en el Tarqui; y salía á trote largo de la garganta que forman las tajadas peñas de Tutupali y los verdes montes de Gullanzhapa. Estas dos ramas andinas, estaban unidas por sus extremos setentrionales; pero las dividió uno de los cataclismos terráqueos, dando paso á las aguas de la gran cordillera. Al voltear el recodo que dá entrada á Huahuatarqui, la simpática y alegre Clotilde, que todo y nada veía; que abarcaba en conjunto los objetos y les pasaba rápida y superficial revista, vino á tropezar con una cruz, colocada en un pequeño túmulo de piedras sin labrar. (a) Detúvose sorprendida y, dirigiéndose al jóven que, parece, la acompañaba especialmente en sus correrías; señor Rodolfo, le dijo, señalando la cruz: qué significa esto ?

—Un asesinato, señorita, perpetrado tarde de la noche, en la persona de un correo desvalido, por robarle algún di-

(a) En la actualidad ese túmulo ya no existe.

nero.

—Y, cuándo ha sucedido esta desgracia ?

—Ahora muchos años, sin duda: yo no conservo ningun recuerdo del suceso: algo he oído á mi padre.

—Cómo lo matarian, murmuró Clotilde entre dientes, aquí á la entrada de Tarqui, de la gran meseta superandina! Así, á la entrada de la vida y no muy léjos del Paraíso, Caín mancha con la sangre de su hermano la tierra de nuestros primeros padres. ¿Qué te parece Julio? continuó, dirigiéndose á un joven meditabundo, que, sin advertirlo, se le había acercado.

—Qué cosa Clotilde ?

—Esta cruz, y la muerte que dicen que ha tenido lugar aquí, al principiar esta hermosa planicie, que parece la portada de otro mundo.

—No te admires, Clotilde: no puede darse un paso en la tierra, sin hollar sangre humana. Al entrar en América, sus primeros descubridores, mancharon con la sangre de Atahualpa, la hospitalaria tierra de los Incas. Napoleón 1.º

¡ César moderno, al principiar sus conquistas, al renovar la faz del mundo europeo, riega la sangre del duque de Enguien. Tal es el destino de la humanidad ! y diciendo esto, una lágrima brilló en su ojos, y pasó.

Mientras tanto, Amelia se había a-

delantado hasta el centro de la gran elipse, que forma el Huahuatarqui. Circulada allí de altas y vistosas colinas, rodeada de ganados varios, que pasían en número de unas cien cabezas, dirigía la mirada, ya á un extremo, ya á otro de aquel vasto anfiteatro. Buscaba, en sus recuerdos, algunas semejanzas del sitio que ocupaba, con otros lugares, en el orden artístico ó natural, y se fijaba en el coliseo romano de los tiempos del Imperio: suntuoso y gigantezco edificio, en donde 300,000 espectadores veían con placer, pelear á los hombres con las fieras.—Si, se dijo Amelia: aquella era una obra humana y del paganismo, y debió tener el objeto de la destrucción: aquesta es una obra de la naturaleza, y debe servir para la vida y la conservación. En esto, se fijó en el montecito piramidal, colocado como un centinela en el extremo austral del eje mayor de la elipse que estaba contemplando, y que parece un atalaya puesto entre las dos esplanadas de Tarqui. Advirtió en su vértice, una pequeña columna ó pilastra, semejante á la aguja de una torre; y dirigiéndose al joven, que había tomado á su cargo el guiarla, y que buscaba, acaso, una ocasión de dirigirle alguna galantería en aquel poético paraje; señor Alfredo, le dijo, señalando la columna, qué monumento es ese ?

—Parece, señorita, que á un Gobernador, no sé quién del tiempo de Urbina ó Noboa, se le ocurrió hacer poner allí ese pilar con una inscripción.

No satisfecha la joven con tan cándida respuesta; y segura de que en estas materias, que poco se rozan con las novelas amorosas, nada mas recabaría de su interlocutor, se abocó á un caballero mas provector y menos galante de la comitiva, que un tanto ensimismado, tomaba escasa parte en el paseo:—señor doctor, le dijo, ¿ tendrá la bondad de indicarme, con qué objeto se ha colocado la columna, que se divisa allá en ese cerrito ?

—Ah ! sobre Francesuren, señorita ? . . . Y, acomodándose á su comprensión continuó: habia una importante disputa entre los sabios del siglo anterior, sobre la figura del globo terrestre, y, para resolverla, fue preciso que vinieran de Europa ciertos astrónomos que se ocuparon aquí en medir la tierra y practicar otras operaciones conducentes al objeto. Estos filósofos, mi amiguita, dejaron una lápida en el sitio que Ud. vé la columna, para señalar el término de sus medidas.

—Habrá dificultad para subir allá ?

—Ninguna, y, por el contrario, entiendo que deberá ser el objeto preferente de nuestro paseo, puesto que allí gozaremos de una de las más hermosas

perspectivas.

—Se dignará Ud. guiarme ?

—Con todo gusto, mi buena amiga.

Principió, entónces, á desfilarse la comitiva por la pendiente de Francés-urcu; y como aquella vereda, poco practicable, no permite caminar en grupos, ni á la ligera, es tiempo de que pasemos revista á los amigos de la viaja.

Adelantaba el doctor Cifuentes, abogado circunspecto é ilustrado, amigo cordial del padre de Amelia y Clotilde, y que concurría al paseo por afecto á estas señoritas, á quienes consideraba como á sus hijas. Seguían éstas jóvenes bien parecidas que recientemente habían dejado el Colegio, después de terminar con provecho su aprendizaje: diferían en el genio; alegre, inquieta, de resoluciones prontas, la menor; tranquila, algo reservada, ménos perspicaz la de mayor edad. Alfredo y Rodolfo eran dos amigos íntimos estudiantes mediocres de facultad mayor, en el Liceo de Cuenca: enamorado el primero de Amelia y el segundo de Clotilde se mezclaban de cualquier manera en sus tertulias y en sus pasatiempos, se encontraban *por casualidad*, al entrar ó salir sus queridas de la iglesia, al dirigirse al baño, al asomarse á la ventana; pero había la desgracia

de que uno y otro no estaban correspondidos. Clotilde no se fijaba en nadie todavía, y su alma, como el ave recién salida del nido, volaba inquieta, sin parar en parte alguna. Amelia, sentía los impulsos del primer amor por su primo Julio, joven talentoso, de carácter dulce, que recientemente había optado sus grados Universitarios, con lucidez y nombradía; pero que, por desgracia de la joven amante, tenía su corazón en otra parte; y esta circunstancia daba lugar, á que algo indiferente y pensativa, marchara en la cabalgata de tras de su hermana Dolores, casada, hacia seis años, con Fernando, hombre de campo, pero experto, de maneras cultas y con la instrucción necesaria para manejar bien su casa.

III

FRANCESURCO (b)

Visto Francesurcu del noreste, es un cono perfecto; mas si se le mira

[b] Este monte ó cerrito llamase Puguin, y sólo ha tomado el nombre de Francesurcu desde la estación de los académicos.

sus faldas laterales, se encuentra que es una colina, prolongada hacia el suroeste, que separando la llanura de Tarqui de la de Tutupali, vá á unirse á la gran cordillera en el nudo del Portete. La cuenca de Tutupali, más feraz y cultivada que la de Tarqui, contiene muchas fincas, cubiertas de lozana vegetación, que terminan en los frondosos bosques de la cordillera occidental. La esplanada de Tarqui, circunvalada de bellísimas colinas, en cuyas ondulaciones hay caseríos y sementeras vistosas, está dividida por un río que corre tranquilamente del suroeste al noreste, formando las eses más caprichosas.

El sol despedía sus rayos verticales é inundaba de luz y calor toda la comarca. El viento había recogido sus alas, y parecía que la naturaleza dormitaba bajo el peso del día.

Una joven morena, de ojos vivos, colocada en una de las pendientes de la colina de que venimos hablando, con la vista hacia el Portete, se balanceaba ligeramente sobre los pies y, cual aye que se dispone á hender el aire, alzaba un tanto los brazos, medía el campo y deboraba el espacio. Qué pequeño es el mundo! decía en su interior, qué cerca está el cielo! Rodolfo la contemplaba, teniéndola asida de una de las cintas de su vestido, como si temiera que el

aire la arrebatase ó que la inmensidad la absorviera.

—Cómo querría, le dijo, en esos transportes, ofrecerle estos campos, sus moradores y sus ganados, junto con mi corazón y con mi vida !

Sintiéndose Clotilde contrariada en sus meditaciones.— Muy mandría es U. le contestó, para venir aquí á parodiar á Satanás, tentando en el monte á su Dios y Señor. Dime, Rodolfo, continuo cambiando de expresión ¿ dónde fué esa batalla de los peruanos, vendidos por Gamarra, de la que he oído hablar muchas veces a papá ?

— ¿ Ve Ud. allá, al extremo del llano, esos montesitos oscuros y caber-nosos, que parecen la boca de un gran sumidero ? Pues bien: esa es la entrada á los valles de Girón y el Yunguilla, y el lugar donde se trabó la batalla entre peruanos y colombianos.

—Con qué armas pelearon, Rodolfo ?

—Los colombianos, con toda arma, como lo hacen UU. las mujeres.

—Olá ! tenían también cañones ?

—Sí, balbuceó el interlocutor, viéndose contrariado por esta observación; y dando otro giro á su respuesta, dijo: un famoso Alzuro y otro Camacaro hicieron proezas con su lanza, que ellos llamaban *cuchara* Oh ! los colombianos eran otros hombres !—

—Y, de dónde eran esos Colombi-

nos, Rodolfo; y por qué vinieron á pelear aquí?

—Eran de las *pampas*, y los trajeron porque eran buenos muchachos. Pero, Clotilde, no perdamos tiempo en esas historias; tomemos ya un poco de cerveza, y veamos como alegrar á Amelia, que anda por ahí. Véala, siempre triste: ¿qué es lo que busca esa niña al lado de la pirámide? Parece que tuviera algún tesoro en su base.

En realidad, Amelia, impulsada por ese movimiento interior que se llama el deseo del saber, recorría con ávidos ojos y tocaba con mano ardorosa el mármol, que contiene la siguiente inscripción:

*Hoc in vallis Tarquensis anfractu
Et in ipso villæ Sempertigianæ fano
Nondum consecrato*

*Meridiani arc. geometri. mensurato
Extrema in parte austr. sito*

*A turre templi majoris Conchensis
CC¹00 DL hexapedas parisiens. distant
In línea*

*Ab austro ad occ. decl. gr. XVIII
cum min XXX.*

*Observatæ a vertice Boream versus
Stellarum*

*In manu Antinoi Rayero. Ω
Grad. I. min. XXX sec. XXXIII $\frac{1}{3}$*

*Sub præside Urbina, perillustri viro
Gubernator provincie Sanatusque
Municipii, in Societatis et populi Cochen*

*(sis
Honorem hanc in 1742 positam*

*Ab accademicis Bouguer et La-Conda-
(mine,*

Et in 1804 a Caldas abiätam

*Lapidem refecerunt tabulam, an.
1856. (*)*

[*] El señor Francisco J. de Caldas, sabio colombiano, que recorrió la Presidencia de Quito, hoy república del Ecuador á principios de este siglo, en compañía del célebre Baron de Humbolt, buscó inútilmente el punto del valle de Tarqui, donde presumía q' los académicos franceses colocaron en 1742, la piedra que debía señalar, para lo venidero, el término austral de sus medidas geodésicas y astronómicas, hechas para descubrir el valor exacto de un arco de meridiano en la zona tórrida. Con el trascurso del tiempo, creyó q' había sido removida la lápida de su puesto, y trasladada á una finca vecina. Entónces el señor Cálidas, lleno de indignación contra los profanadores de aquel monumento, sin conmiseración á que fueron personas sencillas é ignorantes del campo, cargó con la piedra á Bogotá, en vez de restituirla á su lugar; con lo cual habría hecho un ser-

Se esforzaba la joven inteligente por adivinar el idioma, desconocido para ella, en qu' aquellos sabios habían querido perpetuar sus trabajos. Los nombres de

vicio á la ciencia y dado una lección á pueblos incipientes, que ninguna culpa tenían de ignorar el mérito y la importancia científica de aquella señal.—Los años corrieron así, hasta que el señor doctor José Manuel R. Parra, gobernador de la provincia del Azuay, en 1856, se empeñó, como buen patriota y amigo de las ciencias, en restituir el monumento de los académicos, colocán- do otra lápida, ya que no era posible conseguir la original. Se valió del señor Juan de la Cruz Piedra, persona enten- dida en astronomía y geodécica, para que fijara el lugar indicado por Bouger y La-Condamine; y mandó levantar la pirámide en el sitio designado por el señor Piedra, á pesar de que no había seguridad de que aquel sea el punto verdadero fijado por los académicos fran- césés. En junta, pues, de la Municipa- lidad de Cuenca, de los superiores y catedráticos de los Colegios Seminario y Nacional, al que pertenecía el autor y de otras personas respetables, colocó el señor R. Parra una hermosa plan- cha de alabastro, extraída del mismo Tarqui, con las inscripciones antedi-

La-Condamine y Bouguer, que descubria en la segunda inscripción, á pesar de no entender el latin, le conmovian fuertemente el corazón, y forjaba en su interior una fisonomía y un

chas, cuya traducción es como sigue:

“En el oratorio, aun no consagrado, de la finca de Sempértigui, situada en el vallé de Tarqui, y que se halla construído en el extremo austral del arco de meridiano, geométricamente medido, y que dista 10.550 hexápedas parisienses (toesas peruanas) desde la torre de la iglesia Matriz de Cuenca, en una línea que declina del sur al occidente 18 grados 20 minutos.—Observada la distancia zenital, hacia el Norte, respecto de la estrella de la *mano Antínoo*, segun los mapas de Bayero, se encontró que estaba á un grado, 30 minutos, 33½ segundos.”

“En el año de 1856, el Gobernador de la provincia y el concejo municipal de Cuenca, bajo la Presidencia del General Urbina, y en honor del pueblo Azuayo, repusieron esta lápida que fué colocada por los académicos franceses Bouguer y La-Condamine, en 1742, y sustraída por Caldas en 1804.

carácter para cada uno de ellos. Les veía con los ojos del alma, los amaba y rendía el homenaje de su admiración.- Qué generosa es la ciencia ! señor Cifuentes, exclamó de repente, en medio de su arreobamiento: supongo que esos sábios sufrirían mucho en su viaje.

—Oh! mucho, señorita, tanto física como moralmente. Supóngase Ud. que tenían que vivir en los páramos y ventisqueros de la cordillera; ya porque así lo exigían sus trabajos científicos, ya porque en los pueblos les trataban de brujos y mágicos.

—Cómo es eso de brujos y mágicos ?

—Cuando vinieron acá esos astrónomos de quienes hablamos, se creía en estos mundos, en la virtud de las artes mágicas, esto es, de un poder supersticioso que con ayuda del demonio puede hacer cosas extraordinarias y aún sobrenaturales. Los sábios, cuyos nombres vé Ud. en esa inscripción, refieren varias anécdotas curiosas, de las que les pasó como á brujos; y por fin, la muerte misma de Seniergues, sin embargo de que él la buscó, no habría tenido lugar, si el populacho no hubiese estado imbuído de semejante idea, y si no hubiese creído matar á un endiablado, matando a ese médico exeleante.

—No veo aquí el nombre que U. me cita.

—Seniergues, amiguíta, no pertenecía á

la Compañía académica: era su cirujano solamente.

—Cómo le mataron, y dónde?

—En Cuenca, á pedradas y rejonazos, en unos toros de Sansebastián.

—Sabe U. esa historia?

—Sí, Señorita, y con algunas particularidades, que una casualidad muy rara me hizo descubrir. Yo les relataré ahora ese suceso, y tendrá más mérito porque lo tomaremos desde algunos días antes del acontecimiento, teniendo á la vista estos lugares que han sido el teatro de algunas escenas de esa pequeña historia, y que no han variado en los 130 años trasneurridos desde aquel suceso fatal.

—Mucho me alegraré, señor doctor, y no perdamos tiempo: reunámonos á Clotilde y á papá que tendrán mucha satisfacción en oírle.

VI

EL LONCHE.

Alfredo, un tanto avergonzado ante la mirada penetrante é intelectual del doctor Cifuentes, y la fisonomía radiante y escudriñadora de Amelia, que no le permitían tomar parte en su conversación semihistórica, se había alejado insensiblemente de ellos, y acercándose

á Dolores y Julio, que subidos á un enorme pedrusco, trataban distinguir la ciudad que se divisaba á lo lejos como un listón de luz roja en el horizonte.

—Qué gracioso, dijo Alfredo, me he quedado solo! El doctor y Amelia filosofando allí, junto á la pirámide; Clotilde y Rodolfo, poetizando en ese despeñadero; Fernando y papá grande, estarán en alguna disertación, sobre pecuaria; Arturo y Pepita, juegan más allá con la Perlita; y, los dos hermanos qué hacen?

—Nosotros, contestó Dolores, con cierta risa burlona, nosotros *sacando moldes* de todas estas quintas.

—A saber esto, no habría venido, porque en mi casa hubiera podido conocer estos campos, con el modelo que Ud. saque, señorita.

—Ya lo creo; pero la quedada habría sido buena con Amelia, de lo contrario.....

—Alfredo, eludiendo la respuesta, dijo:—Vaya, dejémonos de cuentos; y y revolviéndose a todos los concurrentes, gritó: ¡Caballeros, á tomar lonche!

—Qué es eso de lonche, repuso Julio: dé Ud. amigo mío, sus nombres á las cosas.

—Así se llama entre buenos tunos, eso de comer algo á esta hora y asien-

ten con una copa de vino.

—Entre tunos, así será: pero entre castellanos, aquello se llama *hacer las once*: también puede decirse *merienda*, y ambas frases son bonitas y propias del idioma, y no hay para qué ir á mendigar palabras extranjeras, que ni se pueden pronunciar bien.

—Pero, si decimos *hacer las once*, creerán que somos borrachos, porque eso significa según he leído, no sé dónde, beber aguardiente.

—Cierto, que de las once letras que tiene la palabra *aguardiente*, trae su origen la frase: mas ya está adoptada, para significar las refecciones que se hacen entre el día, antes de la comida principal.

Reunidos nuestros *turistas* en la meseta de la colina que ocupaban, y al rededor de algunas viandas, hacían una ligera refección en medio de la alegría, de los chistes y hasta de las necedades que animan semejantes reuniones. La confianza reina, todos se tutéan y, salvo esas exigencias indispensables de la moral y de la buena educación, desaparece la etiqueta ante el vasto campo que la libre naturaleza ofrece al habitante de la ciudad, cuando dejando sus quehaceres, quiere independizarse unos momentos y respirar al aire libre.— Entusiasmado Rodolfo, levántase en medio de la

reunión y tomando un vaso de jeréz, bebamos, dice, por el cóndor de los Andes, para que este monarca de la aérea naturaleza, nos ceda su imperio esta tarde, a fin de que, dominando los vientos y los huracanes, subamos al cielo sobre esas nubes de fuego.

--Tú estás olímpico, Rodolfo, le contestó Julio: yo soy más pastoril: no quiero las regiones etéreas, sino que bebo por ese río, por ese césped, por esa blanca obejita que trizea en la llanura.

—Que las señoritas resuelvan, pidió Alfredo; y saliendo, entónces, Amelia como de un ensueño, repitió con suave y dulce voz esta balada:

“ Ya sale el sol dorando las altas copas de los nogales, y sembrando de diamantes la hierba de los prados.

“ Hermosa mañana: yo te saludo, Día que aumentas los días de mi vida, séme propicio y feliz.

“ Sacaré mis obejas al campo, para que gozen, como yo gozo, de los bienes de la Providencia.

“ Aquí están, blancas como los copos de la nieve de la montaña del frente; humildes y obedientes, como los hijos de bendición.

“ Salid obejitas mias, salid dulces compañeras de mi vida. Vosotras me dáis la carne para mi alimento, me proporcionáis la lana para mi vestido, y me seguís á la fuente para saciar mi sed,

“ Hace algún tiempo que me fuí á esa grande ciudad, que está dos días distante de aquí. Qué casas, qué torres, qué multitud de gente!

“ Yo ví hombres vestidos de gala, que bebían vino, que abundaban en manjares esquisitos; pero, qué agitación, qué zozobras! En sus semblantes se notaba el tumulto interior de sus pasiones.

“ Regresé aturdida á mis campos; y aquí, bajo los arrayanes, halagada con el canto de los pájaros, he recobrado la dulzura de mi vida, la tranquilidad de mi alma.”

Clotilde enlazó la última frase con la primera de la siguiente oda; y como mostrando el reverso de los sentimientos de su hermana, exclamó:

“ Sentada á la margen de un caudaloso río, sintiendo el tumulto de sus ondas agitadas, cierro los ojos y contemplé el mundo á la luz de mi ardiente fantasía.

“ Despliega el viento sus inmensas alas; dobléganse el cedro y el guachapeli de la montaña, y el huracán bravo recorre furioso el bosque, la playa, la ciudad, el río.

“ Truenan la tempestad al fin del horizonte, arremolinanse las nubes, fulgura el rayo, y la devastación y la muerte recorren el campo.

“ Mas, ese lirio, pegado á la peña, ve correr el río, ve desencadenarse el hu-

racán, ve estallar la tempestad; y sencillo y solitario y abstraído en su retiro, continúa exhalando el perfume de su vistoso cáliz.”

—Señores, dijo el doctor Cifuentes: en este sitio, en esta altura, no debemos ocuparnos sino de los académicos franceses; recordar su heroísmo, sus trabajos científicos, y los bienes que la sociedad humana repertó de su largo y penoso viaje. Yo veo vagar por estos lugares las sombras nobles y majestuosas de Bouguer, Godín y La Condámíne, y las de los SS. Antonio de Ulloa y Jorge Juan. Aquí, señores, aquí cabalmente, en las faldas occidentales de esta colina, estaban las tiendas de La-Condámíne, Ulloa y Bouguer y allí al pie de esos chaparros (indicaba al Oriente la colina de Gullanzhapa), en Zhiñán y Allpa-rupazhca, se habían estacionado Juan y Godín. Estos conquistadores de la verdad, estos fundadores de la ciencia; dejan, á mi ver, un rastro más brillante y más duradero, que esos grandes conquistadores de imperios y sojuzgadores de la humanidad. Yo noto, que los unos la libertan y que los otros la esclavizan: yo encuentro que los primeros llevan la vida y el bienestar, y los segundos los padecimientos y la muerte. Oh! hagamos una libación, en las aras de la Sabiduría, derramando esta copa á la memoria veneranda de

los sábios que recordamos.

—Y ya es tiempo, murmuró Amelia después de unos momentos de silencio, que U. señor doctor, cumpla su ofrecimiento de referirnos la muerte del médico de aquellos académicos.

—Bien, amiguita: mi relación está tomada de unos apuntamientos privados del R. P. Félix Moreno, de la Compañía de Jesús, muy amigo y favorecedor de los académicos, y en cuyos brazos espiró Mr. Seniergues.—Vamos á la historia.

V.

LAS CARTAS.

Amanecía el 24 de Agosto de 1739, y Seniergues, que dormía esa noche en las faldas de esta colina, ocupando una misma casucha con La-Condamine y á pocos pasos de la tienda de Bonguer y Ulloa:—Carlos, dijo, llamando á su compañero; el frío es intenso, sin duda que los hielos han sido muy fuertes.

—Así lo supongo, mi querido Juan; pero, dime, ¿por qué no duermes con tranquilidad? Pasas la noche muy agitado.

—Oh! aquello se explica muy fácilmente en un joven de mi edad, distante dos mil leguas de su patria y de la casa paterna, y metido aquí entre

fieras y salvajes.

—Y sin tener noticias de tu prima, no es así?

—Cierto, que van para nueve meses que nada sé de ella.

—Y cediendo á las sonrisas y halagos de la señorita Manuela; no es así, también!

—Cierto, muy cierto, Carlos. Estos fenómenos sí, que no pueden explicarse: fenómenos internos, potencias ocultas. Parece que tuviera un corazón para Europa y otro para América. No hay duda, el hombre se ubica moralmente.

—Y bien, ya que no recibes carta de la europea, si que has recibido de la americana; no es verdad? Qué te dice?

—Curioso, yo no averiguo tu correspondencia; pero, no te ocultaré nada. Agustín que vino ayer de la ciudad, me trajo una esquelita, que por cierto es recomendable: yo la sé de memoria.

—A ver, repítela amigo mío.

—Dice textualmente:

“ Sor. Dr. D. Joan Semiergues, Sirujano y atomista.

“ Su casa y agosto 20 y 3 de 1739.

“ Mi querido Dr. taita Panchito va mejorando bien, por su buena asistencia, ya está gordo y colorado. Yo sufriendo como Ud. debe saber, porque U. es un tirano que me bota y se olvida. Pa-

sado mañana empiezan los toros de la Virgen de las Nieves en San Sebastian le convido, porque taitito ha mandado á hacer un tablado bueno, bendrá presiamente le espero.”

“Su afetisima Q. B. D.”

Manuela.

—Hé ahí una carta, murmuró La-Condamine, que sin pureza gramatical, ni flores retóricas, es una prenda inestimable de amor y de lealtad. Pero, le vantémonos ya, oigo ruido en la cobacha de Ulloa y hoy tenemos que hacer los últimos arreglos.—Llamando luego á sus esclavos José y Agustín, se vistieron los dos amigos, apresuradamente.

Situados los cuatro compañeros en este mismo lugar gozaban, señores, en aquel dia de una naturaleza espléndida, que iba iluminándose lentamente con la aparición del sol. Un ligero vienteillo Sur disipaba la neblina que cubria el campo, cual crepúsculo condensado, y permitia observar la escarcha, diseminada, como el maná en los arenales de la Arabia. Hacia el Noreste, se notaba Cuenca, recostada en su florida campiña, y envuelta en una blanca y diáfana nube, semeja te á la virgen que sale de su peinador, cubierta con un manto de gasa á disfrutar los albores de

Mañana. Aquí y acullá se levantaba al cielo una espiral de humo, con o si los habitantes de tan grande comarca, hubiesen levantado cien y cien altares, y ofreciesen en ellos, holocaustos al Dios de las campiñas. Ulloa rompió el silencio, casi el éxtasis que á todos les embargaba, y dijo: el humazo que anoche observamos en Zhiñan, prueba es de que nuestros compañeros Godín y Juan han concluido también sus tareas, y que hoy debemos reunirnos en la hacienda de Sempértigui, para acordar definitivamente el punto donde ha de fijarse la base y colocar la lápida. Con qué, bajaremos, señores ?

No hay que vacilar, contestó Bouguer: el P. Rector de la Compañía de Jesús, el Corregidor real y otros personajes vienen también hoy día, para conferenciar este negocio y arreglar la fiesta de la inauguración. Moranville, por su parte, habra concluido la lápida. (b)

(b) Era de suponerse que de orden y por instrucciones de Bouguer y La-Condamine, se había construido la lápida que encontró Caldas sirviendo de puente en una acequia, y que la llevó á Bogotá, SALVANDOLA DE LOS BARBAROS, como él se expresa, en el año de 1804. La legislatura colombiana, en 1881, ordenó la devolución de este monumento á exigencias de nuestro Gobierno: mas no pudo aprovecharse de este acto de justicia, si no en 1885 en que el Sr. Numa Pompilio Llona, Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario del Ecuador, cerca del Gobierno colombiano, gestionó para que se sea entregada dicha lápida. Por felicidad nuestra, desempeñaba el cargo de Strio de la legación el patriota inteligente Sr. Dor. Alberto Muñoz Vernaza; y este cuencano consiguió, venciendo serias dificultades, la traslación del mármol á esta ciudad en 1886. Entonces nuestro Congreso expidió el decreto de 10—12

— Entonces, añadió La-Condamine, conviene ocurrir ya por las caballerías, hacer un ligero desavuno y marchar.

Sólo Seniergues, absorto en esa contemplación íntima del alma que aspira la vida de otra alma; apenas había asistido á la conferencia de sus amigos. Le parecía que el sol nascente doraba con más brillo la casa de Quezada: las aves que surcaban el espacio le revelaban, al

de Julio de ese mismo año, en que manda levantar una pirámide de mármol nacional, en el lugar fijado por los académicos franceses, para que sea colocada la lápida devuelta. En cumplimiento de esta disposición el Poder Ejecutivo, que lo ejercía el Dr. José María Plácido Caamaño, nombra al Doctor Juan Bautista Mentem, profesor de la extinguida Escuela politecnica de Quito y director del observatorio astronómico, á fin de que fijara en el valle de Tarquí el lugar donde debía erigirse el monumento, según las determinaciones de los académicos. Por Setiembre del propio año se trató este sabio alemán de Quito á Cuenca y en unión del Gobernador de la provincia, Dr. Francisco J. Moscoso, de Dr. Muñoz Vernaza, que había anticipado muchos cálculos sobre el asunto, del autor de este opúsculo, y de algunas otras personas de viso se constituyó en el valle de Tarquí, para dar cima á su cometido; pero, con este motivo examinó Mentem, cuidadosamente, la inscripción y la plancha, y descubrió. 1.º que la inscripción de la piedra y la publicada por Caldas en su 'Semanao' no eran iguales; pues que en esta última faltaba un renglon del original: 2.º que el mismo original estaba incompleto, por que no se hallaban fijadas las distancias de ciertas estrellas, como era necesario: 3.º que no estaba expresado el año y el autor de la inscripción, como es de costumbre; y 4.º que la loza tenía el un lado "groseramente cortado debajo de las letras; de modo que, sin duda faltaba á la piedra una parte notable. De estas observaciones y varios datos omitidos de las obras de Bouguer, La-Condamine, Ullon y Jorge Juan, dedujo el diestro observador las siguientes conclusiones: 1.ª que, probablemente, la lápida no había sido construída por los académicos, sino por algún aficionado que estaba al corriente de esos trabajos: 2.ª que aun cuando la obra hubiera sido dirigida por Bouguer ó La-Condamine, era evidente que el monumento no se había erigido y que la piedra había quedado abandonada, por defectuosa (V. informe del Dr. Mentem al Supremo Gobierno, elevado en 27 de Octubre de 1886, y publicado en "El Progreso" del Cuenca, época 2.ª Núm. 67 del 1.º de Enero de 1887.)

pasar, no sé qué misterios, que exaltaban su espíritu: la naturaleza toda murmuraba á sus oídos voces melodiosas, pero desconocidas. Notábase que arrugaba, entre sus manos convulsas, una hoja de papel grueso, escrito con caracteres desiguales y en renglones poco paralelos. Se conocía que por allí había pasado la mano de una mujer cuencana del siglo 18^o, que escribía pintando letra por letra, con un conocimiento muy escaso de los signos ortográficos.

La-Condamine se le acercó y tocándole en el hombro:—Guarda ya esa carta, amigo mío, le dijo; dispongámonos para la marcha.

—¡Oh! yo estoy atraído por una fuerza irresistible, y sólo en dirección de esa fuerza puedo marchar.

—Tienes razón, mi querido Juan: esa carta me causa envidia. Qué satisfactorio es poder decir: amo y soy amado, y tener plena fe en lo que se dice! Mas esto, no puede obtenerse, sino en estas tierras vírgenes, donde el espíritu no se ha corrompido por el refinamiento

Este descubrimiento vino á enfriar los ánimos de todos los amantes del saber, que deseaban el restablecimiento de este monumento; y vino, también, á comprobar la inculpabilidad de los vecinos de Tarquí, en la supuesta profanación de la señal científica. ¿Cuánto habríamos deseado los azuayos, que Caldas hubiese estado vivo en 1886, para devolverle sus agrias y desalentadas calificaciones, emanadas de su falta de pericia y cuidado en estudiar cual debía, la piedra encontrada de puente, tanto en lo sustancial de la inscripción, como en su estado material?

to de una educación, que atiende más á los artificios de una sociedad extravagante, que á las leyes sencillas de la naturaleza. Mira, yo tambien conservo aquí una carta, escrita con pureza y flores retóricas, y dos prendas que me ofrecieron con toda la coqueteria parisiense; y todo este juego de palabras y de acciones, no puede compararse con ese: *bendrá presisamente, le espero*, con que concluye la esqueta de la Quezada.

—¡Tendrás inconveniente en enseñarme esa carta y esas prendas, y ponerme al corriente de su procedencia? Cárlos, ocuparse en estas cosas, es mucho consuelo para un amante: no seas reservado conmigo.

—Nada de eso; y, por el contrario, quiero desahogar mi corazón: aquí va la historia.

Tú conoces á Madama de B*** y sabes que mis relaciones con ella, tocan en la intimidad. Yo la profeso un amor, que la diferencia de edad y de estado, no ha permitido fomentar en toda su plenitud; mas, en ocasiones, hemos llegado á ese momento solemne é indescriptible en que dos seres inteligentes y libres se identifican de tal manera, bajo el rayo fundente del amor, que no aciertan á distinguir la personalidad recíproca de cada uno. La noche en que visité á Md. de B***

en el concepto de que la veía por última vez, porque mi viaje á este continente estaba resuelto, y ella debia ausentarse al campo, fué una de esas ocasiones que te acabo de describir. Entónces la jóven tenia atado el cabello con una cinta, cuyo color le sentaba muy bien, y al darle el último abrazo, se la pedi como un recuerdo de su cariño. Al otro dia, ella había salido al campo con Mr. B***, y desde una quinta me dirigió, á los pocos dias, la carta que ahora leerás. Entusiasmado por esta misiva, y como demorara nuestra salida, por la enfermedad de tu padre, segun me lo anunciaste de Bonanbiel, no pude resistir al deseo de volver á ver á mi amiga; y me dirigí á Versalles, quinta de *Saint Bartélémi*, donde se hallaba. Le habia suplicado que tuviera alguna prenda, nueva para unir á la cinta, y luego que nos vimos me presentó una flor, que talvez, amigo mio, la tenia por casualidad y la escogió por ser una cosa transitoria y fugaz; pero Jussieu me la compuso tan bien, que se conserva intacta. Sabrás que entónces, no tanto por el fuego del corazón, sí, lo conosco, sinó por esas aspiraciones de la inteligencia, que ha despertado á la vida de las fruiciones científicas, Md. de B. . . entusiasmada, medio delirante, vibrando sus hermosos ojos, á la manera

que centellea el planeta Júpiter entre el crepúsculo enrojecido de la tarde; tomó mis manos con las suyas, y me dijo: “ para amarlo como Ud. debe ser amado, y como yo deseo amar, es necesario que le siga á esa tierra donde Ud. va, que dicen que es un inmenso bosque de Armida, pero con un cielo tan hermoso, que el poeta sorrentino no pudo imaginarlo, Mr. de B... trata hacer un viaje al Nuevo mundo; por motivos de comercio; y yo conseguiré que me lleve. Vaya Ud. espérome allí.” ¿ No habrias creído Juan, que no habia amor igual al amor de esta mujer? --- Pues, nada de eso. En esta, como en otras ocasiones, ese brillo del amor, ha sido un falso brillo. No quiero reflexionar más acerca de estos fenómenos morales. Mira, continuó, sacando de una preciosa cartera de tafilete dorado, una hoja de papel doblada con esmero; y un clavel, que parecía arrancado pocos dias antes, y que tenia atado el tallo con una cinta de seda morada: mira las prendas y la carta de Md. de B...

Seniergues tomó el papel y leyó en francés, una carta que decía así:

“ Amigo mío:

“ Ayer recibí su esperada cartita, la que me hizo olvidar, por un momento,

que unas tantas leguas nos separaban. ¡ Ay! no pasó de agradables ilusiones, que se disiparon como el humo, quedando sólo la triste realidad: la separación!

“Le recuerdo todos los días, y sin exagerar, le diré; todos los momentos; pero me hace sufrir de un modo indecible la idea de que no he de volver á verle más, de que ya no disfrutaremos juntos de los goces que brinda una amistad, como la nuestra, en la cual la pureza se hermana con el amor, y que las glorias que pasaron se han ido para no volver jamás!... Y, ahora dígame: ¿léjos de mi país, léjos de Ud., léjos de todo lo que constituye las delicias de mi vida, hallaré una inspiración, un sentimiento, una ilusión?

“En estos días he visitado á Md. E*** que se encuentra en su hermoso parque de la Delicia. Tuve un día muy agradable y de muchos recuerdos para Ud. Si veía una flor me parecía leer el nombre de Ud. escrito en sus pétalos: creía que el viento al agitar las hojas de los árboles, repetía Carlos, Carlos! En fin, me parece que le sueño despierta.”

“ Su amiga que le ama de corazón.

Ofelia de B***

Versalles, abril 8 de 1735.”

LA TEMPESTAD.

Mas, al llegar á este punto el relator, un relámpago que brilló allá en la inmensidad, y un ruído sordo y lejano, como el de un monte que se hundiera en los abismos, puso inquieta á nuestra cabalgata. Suspendiéndose el doctor Cifuentes, dijo: señores, parece que se aproxima una tempestad y convendría ponernos en salvo. Una vez que el día de hoy lo hemos destinado al pasatiempo y á las distracciones, podemos acudir á la finca del Colegio, donde continuaré mi relación con más sosiego y en los mismos lugares de los acontecimientos.

Convenidos todos con esta proposición, se dispusieron á bajar al valle; y entre tanto se arreglaban las caballerías, Clotilde quiso fijar, para siempre, en su imaginación el panorama que se ofrecía á su vista, y dar un ¡Adios! á todos los objetos que le rodeaban. Al Suroeste tenía la hacienda de Sempértigui, hoy Colegio, recomendada por los académicos, el río Tutupali de aguas puras, una verde hondonada, algunos capulíes y hermosísimos retamos, circundado todo por los encrespados picos de la cordillera oc-

cidental. Al Norte los valles de Cuenca, cortados por la colina de Turi, y perdidos en sinuosidades mil. Al Sur, el Portete, negro y encrespado nudo de la cordillera, continuado por el Sudeste de verdes faldas, cubiertas de ganados varios. A vista de pájaro, la gran esplanada de Tarqui, cortada de Occidente á Oriente por un tortuoso y turbio río, á cuya margen se advierte la falta de árboles y se nota la abundancia de diversos ánades. Se divisan también, en estos campos abiertos, muchos danzantes, bailando al son de la caja y del pifano americanos; y otros indios que, con la bocina y el caracol, [quipa] conducen los ganados.

Toda la comitiva que seguía al doctor Cifuentes tuvo que ir al escape, hasta la casa de hacienda del Colegio, porque era indudable que iba á estallar una tempestad de agua y granizo; y sabido es que en las regiones andinas, no bien se anuncian las tempestades, cuando se descargan con todo su furor. En efecto, durante el día una manga de humo denso, levantándose desde las costas del Pacifico, había invadido, por la boca del Portete, la meseta de Tarqui; y dividiéndose luego en ramales, seguía la doble cadena andina con dirección al Norte, semejante á un reptil inmenso, que fuera plegándose por las fal-

das desiguales y escarpadas de la cordillera. Pero a eso de las dos de la tarde, un viento fuerte del oriente, hizo retroceder y arremolinarse la espesa manga que, ascendiendo en el horizonte, formó un vistoso pabellón sobre toda la llanura. Una hora despues, cierto silencio grave, interrumpido únicamente por el balido de las ovejas, que instintivamente se retiraban de las pampas, y el seco rose de algunos volátiles que, como huyendo, atravesaban el espacio, indicaban una pronta sacudida de la naturaleza. ¡Quién lo creyera! Ese cielo, poco ántes límpido y sereno, viósele trasformado en una bóveda de bronce candente: nubarrones crispados, como la cabeza de Satán, rebullen, se rozan y lanzan el rayo: los picachos de las montañas, convertidos en surtidores de agua turbia, vomitan torrentes que inundan la comarca y la desvisten de sus adornos y pendientes. Todo es furor y movimiento: sólo permanece en quietud la casuca aplastada del indio, que se divisa como un hongo en las eminencias de las colinas.—Mas, cede la tempestad, calma el huracán, serénanse los cielos; salen el pastor y el rebaño de su guarida; despierta el labrador que, falto de ideas y de sentimiento, reposa y duerme, mientras la naturaleza cruje y se trastorna;

ascúdense y cantan los pájaros, apareciendo de entre las ramas: grupos de blancos ánades revolotean en las cuencas de agua espumosa: al mismo tiempo que grupos de ángeles, bañados en rocío, enjugan y purifican el cielo.

Amelia que habia sufrido una especie de síncope, á causa de su exquisita sensibilidad, se coloraba lentamente, pasando por esos accesos imperceptibles, que ocasionan las descargas eléctricas en las constituciones nerviosas; y todos sus compañeros se animaban, respirando libremente en una atmósfera purísima y bien oxigenada.

VII.

LA COMPAÑÍA ACADEMICA (c)

Continuando el doctor Cifuentes su pequeña historia, en la hacienda del Colegio, se expresó así:

(c), Desde el siglo XVI era conocida la verdad geológico-astronómica, de que la tierra es un globo, suspendido en el espacio, que gira sobre sí mismo, en las 24 horas que forman el día y la noche: más, hasta el siglo XVIII se discutía acerca de la verdadera forma de este globo, esto es, si acaso

La noche del 24 al 25 de Agosto de 1739, esta casa se hallaba convertida en un liceo de doctos y nobles personajes. Sabed, señores, que las circunstancias habian reunido aquí á los tres académicos francésea, que ya los tengo mencionados, MM. Carlos María La-Condamine, Pedro Bouguer y Luis Godín; y á nuestros dos comisionados regios, los Tenientes de navío, Jorge Juan y Antonio Ulloa, jóvenes todavía, pero que no sólo correspondieron á la confianza del Gobierno español, sino que se adquirieron una justa celebridad; por sus conocimientos científicos y su conducta es

era una esfera perfecta ó un esferoide. El inmortal Newton, había probado matemáticamente, y contra la común opinión, que la tierra era un esferoide aplanado hacia los polos; y la Academia francésea, con el objeto de comprobar, prácticamente, esta teoría de tanto interés para la ciencia, se propuso mandar una comisión á la zona tórrida y otra á la glacial, para que midieran, geométricamente, un arco de meridiano, é hicieran otras observaciones, cuyo resultado debía hacer conocer la verdadera forma del globo terráqueo. Con tan gran objeto salieron, pues, en Mayo de 1735 los comisionados á las regiones equatoriales de la América; y

pañola bien sentada. Completaban esta hermosa pléyade, el sabio naturalista José Jussieu, incorporado á la compañía por sus variados y profundos conocimientos en historia natural, y nuestro héroe, el Capitán don Juan Sanguero, anatomista y cirujano. — Teníais, también, señores, á José Vauguin, francés notable por su genio curioso é investigador, que fué adjuntado á la compañía, en unión del importante Mr. Complet, fallecido inesperadamente en Cayambí, en Setiembre de 1736; y luego, al ingeniero Mr. de Moranville, que tan bien se desempeñó en la dirección de las pirámides y la construcción de las lápidas; y á Mr. Hugot, encargado de la conservación y arreglo de los instrumentos.

en 1736 principiaron sus trabajos en Quito, fijando una base para las operaciones geodésicas, en el hermoso plano de Yaruquí, desde donde, levantándose sobre los dos ramales de la cordillera andina, se dirigieron al Sur, hasta el nudo del Portete, distante pocas leguas de la ciudad de Cuenca. Después de siete años de trabajos, casi no interrumpidos, obtuvieron la medida exacta de un arco de $3^{\circ} 26' 40''$ entre Mira, que está al norte de Quito, y Tarquí, al sur de Cuenca, cuyo valor lineal resultó menor que el obtenido

Entre los nacionales, figuraba como el primero, el ilustrado Riobambeño don Pedro Vicente Maldonado. Este hombre extraordinario por su rara comprensión, se unió á los académicos con la ambición y el ardor de un verdadero filósofo. Recorrió con ellos toda la antigua presidencia de Quito, instruyéndose más y más, ayudándoles en sus operaciones astronómicas y geodésicas, y levantando la carta geográfica, que tanta celebridad le ha dado.— No debemos olvidar á los RR. PP. Jeronimo Herse, rector de la Compañía de Jesús, y á sus dos compañeros, Félix Moreno y Antonio de Salas, todas tres personas suficientemente instruidas para comprender y apreciar á los sabios extranjeros.— Entre los seculares se distinguían, el Corregidor y Justicia mayor, don Matías Dávila y Orduña, y el Alcalde ó Preoste, don Nicolás Palacios y Cevállos.

por los académicos Lapertuis, Clairaut y Cárnus, mandados á Laponia con igual objeto. Con esta medida y los demás fenómenos observados en el péndulo, el barómetro, &c, quedó probada la teoría de Newton.

Además: la compañía venida al Ecuador, se contrajo á muchas observaciones físicas, astronómicas y geográficas de suma importancia; pero que no dieron el resultado que era de es

La noche clarísima y espléndida, pero rígida y cruda, tenía atemorizados á los campesinos, que preveían las ruinas de los pastos y sementeras con hielo abrasador, mas nuestros astrónomos se deleitaban teniendo abierto el cielo, como un inmenso mapa brillante, donde podían contarse una, á una, las estrellas de casi todas las constelaciones. Los habitantes de las otras zonas terráqueas, al pisar las regiones equinoxiales del Nuevo mundo, no se cansan de contemplar el cielo, observando el giro vertical, armónico y regular de todos los astros, al propio tiempo que su grandor y nitidez. Fijándose Ulloa en la *Cruz austral*, que en ese momento tocaba á su meridiano y

perarse, porque entre otras contrariedades, les sobrevino una disputa insustancial é inconducente, sobre los términos de las inscripciones de las pirámides de Yaruquí, con los asistentes régios del Gobierno español; como igualmente, la muerte del médico y cirujano de la Compañía, Capitán don Juan Seniergues, acaecida en Cuenca en 1739, y que distrajo á los académicos con un largo y odioso pleito criminal, cuyo objeto fué sincerar la conducta, poco circunspecta, á la verdad, de Seniergues, y obtener el castigo de sus agresores.



aparecía dominando á toda la América del Sur, Señores dijo: esta es la constelación que yo habia deseado que nos sirviera para fijar el punto astronómico de nuestras observaciones. Me parece la más hermosa y hasta la más significativa del hemisferio meridional. Ya lo veis, señores, en el inenso territorio Sud americano, impera la cruz sin obstáculos, sin corrupción, sin mengua alguna. Esto tendría, además, su relación con la *Cruz* del Pichincha, que es una de las principales señales de las medidas terrestres. (d)

[d] Es muy notable que el señor Juan Montalvo, que tan instruído parece en la historia, hubiese confundido esta cruz con otra llamada vulgarmente La Cruz de Piedra, que existia en una de las calles suroeste de Quito, y que en tiempo del Gobierno del señor Jerónimo Carrión fué colocada en el patio principal del Hospicio de esa ciudad. La Cruz del Pichincha, que fué una de las principales señales de las mediciones de los académicos, existia en el picacho más elevado de las faldas del Pichincha, que se deja ver desde la plaza mayor de la capital; y como se hubiese arruinado, el R. P. J. B. Mentem, profesor de astronomía, en la escuela politécnica, hizo construir una pirámi-

Tomando Bouguer la palabra, hizo notar las dificultades que se tocarían, en caso de tomar un grupo tan meridional, para fijar los vértices de los triángulos, las paralajes, &c. y la necesidad que tenían de adoptar la constelación de Antinoo, una de cuyas estrellas, la de la *mano*, se prestaba perfectamente para el objeto deseado.

Después de una ligera discusión entre los académicos, prevaleció este

de, sobre la base misma de la cruz; pirámide que se divisa, á la simple vista, desde cualquier punto de la ciudad. La Cruz de Piedra, no era ni podía ser, más que un monumento religioso de los españoles del siglo antepasado, que expuesto á las profanaciones de los hombres y al maltrato de las bestias, permanecía en un lugar inadecuado é impropio, sirviendo de obstáculo a los transeúntes. Los académicos eran hombres muy juiciosos y muy entendidos, para haber fijado, como signo permanente de sus operaciones, una cruz que al andar de poco tiempo, la religiosidad y la civilización habían de llevarla á su puesto.—Esta ligera aclaración sirva para rechazar los asertos de El Regenerador, núm. 3.º pág. 42, correspondientes al 7 de Agosto de 1876, relativos á la Cruz de Piedra.

dictamen, y se aceptó la inscripción que acabamos de leer en la pilastra de *Francesurcu*, la que inmediatamente, fué entregada á Moranville, para que la grabara en las preciosas planchas de mármol, extraído de estos mismos sitios. Nótase que en esa inscripción no se hubiese mentado, ni á los monarcas francés y español que habían promovido y favorecido el viaje ni á los académicos y asistentes régios: más esta falta provino de que habiendo disentido los españoles con los franceses en cuanto á este punto, al tratarse de la inscripción de las pirámides de Yaruquí [*] disención que motivó un juicio reñido y que aún se hallaba pendiente ante la Audiencia real, no qui-

(*) Al salir de Quito, hacia el nordeste, camino de Guápulo, se despliega, repentinamente, un inmenso campo circundado por la cordillera oriental, donde se dibujan los hermosos pueblos de Cumbayá, Tumbaco, Yaruquí, Puembo y Pifo, divisándose, además, el Quinche, como incrustado en la cordillera. Al extremo norte, en el fundo de Caraburo, propiedad que fué del señor doctor Belisario Peña, se encuentra una pirámide, cual torreón blanquesino, levantada al raso; y hacia el sur, á la distancia de 12, 228 metros, se levanta otra igual. en

sieron tocar este delicado asunto, y se limitaron á señalar, lo mejor posible, el punto último de las medidas, en el extremo austral.

la finca de Oyambaro, que fué del señor Lizardo Vega. Estos monumentos se hallan en los extremos de la base que fijaron los académicos, para sus medidas geométricas, Aunque los primeros, mandados construir por La—Condámine, se destruyeron de órden del Gobierno español, *á manos de una loca vanidad*, como dice Caldas; pero, el benemérito señor Vicente Rocafuerte, que gobernaba la República, como Presidente constitucional, en 1836, esto es, al siglo cabal de su destrucción, los mandó reponer sobre los cimientos de los antiguos. La inscripción que dió origen á la disputa, causando la demolición de las pirámides, la colocó el señor Rocafuerte, grabada en una lámina de plata, en el centro interior de las nuevas obras; y no alcanzó, talvez por los disturbios políticos que sobrevinieron, á colocar las inscripciones exteriores, una de las cuales recibió de la Academia de bellas letras de Francia. ¡Setenta años han trascurrido, y todavía esos monumentos permanen mudos, sin nombre, sin poder dar razón de su origen y de su objeto !....

Una vez arreglados en lo que era el principal objeto de la reunión, y habiéndose convenido con el Corredor real, en que la fiesta de la colocación de las lápidas tuviera lugar, después de la corrida de toros que se preparaba en Cuenca, se entregaron los concurrentes á esa conversación animada, variada y sustanciosa, que reina entre buenos y doctos amigos. ¡Oh! ¿quién pudiera haber recogido todos esos discursos, todos esos pensamientos fundados uno, jocosos otros, lúgubres aquellos, que en el círculo de estas reuniones brillan y se apagan luego? que á veces se comunican como el fuego ó se defienden como el agua, que ya hacen reír, ya meditar; que son el parto de la intuición del momento, ó de la elaboración intelectual de largos años? ¿quién pudiera, vuelvo á decir, habernos conservado todo lo que pasó en esa noche solemne, cuando una porción de sabios, viendo terminadas sus fatigas y obtenido el grandioso objeto que les trajera de lejanas tierras, se entregaban á todas las expansiones del espíritu y del corazón? El Padre Moreno, SS., ha recogido bastante en sus apuntamientos de lo ocurrido en esa velada; y convendrá que os lea textualmente esta parte de las memorias del curioso Jesuíta. Dicen así:

VIII.

LA VELADA.

“Los SS. académicos quisieron estar al campo libre.

“Se colocaron en el huerto, bajo los alisos y los fresnos, únicos árboles algo elevados, que hay en estos lugares.

“La noche estaba muy hermosa. Nosotros hicimos encender algunas fogatas, para calentarnos; y en todos los contornos se veían muchos humazos, que hacen los indios en las noches de heladas.

“Durante la conversación, les servíamos chocolate y *mate* (infusión de la hierba llamada del Paraguay). Bebían con mucha satisfacción, diciendo que eran mejores que el café francés y el té inglés. También les escanciábamos un buen vino español, que hizo traer de propósito el P. Rector.

“El hermano Antonio y yo estábamos encantados, oyendo los discursos de tantos sabios.

“Primero se ocuparon de sus trabajos y penalidades, en la mensura de la meridiana, desde Caraburo hasta aquí. Después de fijada la base de Yaruquí, había tomado la mitad de la Compañía por la rama oriental de

la cordillera real, saliendo desde Pam-bamarca; y la otra mitad, la occidental, partiendo de lo más alto del Pichincha. En los dos años que duraron las operaciones geométricas, había estado la primera partida en 32 nevados ó páramos, y la segunda en 35.

“Mr. de La-Condamine, pintando, con esa viveza natural, los rigores que habían padecido, se expresaba así:

“Amigos míos: yo no espero de esta generación los votos de alabanza, ni los agradecimientos que merecemos, por nuestra obra de gigantes. Los siglos venideros nos harán justicia, y buscarán con ansia las huellas de nuestros pies en estos sitios escarpados, y el lugar donde hemos levantado nuestras rústicas chozas. Entonces sabrán, que el ecceso del frío y la violencia de los vientos nos han tenido con los pies hinchados, las manos entumecidas y los labios encojidos y rajados, hasta el extremo de huir de la risa, como del peor mal. Sabrán que nuestro alimento no ha pasado de arroz y de alguna carne, que recibíamos de las poblaciones con el ansia que recibe el sitiado la ración de cada día. Llegarán á descubrir que muchas veces hemos quedado sepultados, por la noche, bajo la nieve, y que se ha necesitado la repetición de muchos mila-

gros, para no haber perecido—En fin: tendrán noticia de que nuestros mejores y únicos momentos eran, cuando descendiendo las nubes por su peso natural, y rodeando la garganta de los cerros, parecían un piélago, y la montaña en que estábamos, una isla en medio de él.—Entonces, eso sí, percibíamos la furia de las tormentas bajo nuestros pies, deleitándonos con el efecto de las nubes, que se rompían por la parte inferior, y arrojaban una claridad hermosa por la superior; de modo que, mientras las regiones inferiores experimentaban los estragos de los rayos y de los aguaceros, estábamos nosotros gozando de la más tranquila serenidad.

“Don Antonio de Ulloa, refería con mucha jovialidad, varias anécdotas curiosas, y decía:

“Ahora es justo que se considere; cuánta diversidad de juicios han formado de nosotros los pueblos y sus habitantes, les admiraba nuestra resolución, les sorprendía nuestra constancia, y todo ha sido confusión, aún en las personas cultas—Unos nos han tenido por locos, otros por codiciosos, persuadiéndose que andamos en busca de minerales preciosos, y otros nos reputan mágicos.—A este propósito, recordaré un chiste: Nos hallábamos

en el señal de Vengotasín, cerca del asiento de Latacunga, en donde había una vaquería, distante cosa de una legua de la tienda de campaña. Diariamente íbamos y volvíamos de la vaquería; y en una de esas mañanas de viaje, reparamos tres, ó cuatro indios hincados de rodillas, puestas las manos, y que al pasar nos hacían ciertas exclamaciones en su idioma, que no podíamos comprender—Envalde les hicimos señas para que se levantaran; pues, no lo conseguimos, hasta que al fin, por medio de un sirviente, que lo llamamos para que interpretara lo que decían, supimos que al mayor de dichos indios se le había perdido, ó le habían hurtado, un asno; y nos rogaba, que puesto que bemos todo lo que pasaba, dijésemos: quien se lo había quitado, ó á donde estaba—Este asunto nos dió bastante que celebrar, sin que hayamos podido sacarnos de su falsa creencia.

“Mr. Bouguer propuso tomar una copa á la salud de MM. Mapertuis, Clairaut y Camus, diciendolo: Nuestros compañeros estacionados en el norte habrán padecido iguales ó mayores trabajos, que nosotros: quizas no han sufrido la pérdida de algunos de sus miembros, como ha sucedido con nosotros (aludía á Mr. Couplet): mas, en cambio, la Laponia es más agreste y

más salvaje que la América española. ¡Qué la fortuna les sea propicia, y que algún día nos encontremos sanos y salvos en nuestra patria!

“El instrumentario, Mr. Hugot, indicó; que para fijar este recuerdo convendría examinar los principales instrumentos, y ver las señales que en este momento marcaban. Aceptada esta indicación, se dirigieron al corredor de la casa en donde estaban los instrumentos, y se observó; que el cronómetro designaba las once y treinta y cinco minutos y veinte segundos, *post meridiem*; que el termómetro centigrado marcaba siete grados y dos tercios sobre cero; que el barómetro había subido veinte pulgadas, siete líneas y seis octavos de línea: examinado el péndulo simple con muchas precauciones, se halló que hacia treinta y seis oscilaciones por minuto, término medio, siendo las oscilaciones de media pulgada al principio y de media línea al fin.

“Cada individuo de la Compañía sacó su minutario, y tomó nota de estas observaciones, poniendo al principio en francés.

La Compañía académica francesa en la zona Ecuatorial recuerda á la

residente en las regiones polares del norte.

Hoc loco. (f)

(f) El autor de este folletín, en su calidad de Ministro presidente de la Corte Superior de Cuenca, hizo una visita de bienvenida al Jefe de la Compañía académica francesa, venida al Ecuador, en estos últimos años, para repetir la mensura del arco de meridiano de que se viene hablando; y con esta oportunidad, tuvo ocasión de preguntarle; si las medidas del siglo antepasado, se habían, ó no, encontrado exactas; á lo cual le contestó: que los actuales académicos no habían sido comisionados para repetir aquellas operaciones, sino para practicar una nueva y especial mensura; con cuyo motivo, no se había seguido, presisamente, el rumbo de los académicos anteriores. Entonces, le replicó; si es así. UU. no dejarán restablecida la pirámide en el punto del valle de Tarqui, donde concluyó la medición de Bouguer y La—Condámine.—No nos ocuparemos en este asunto, dijo el expresado Jefe; por que nosotros hemos tomado el meridiano que nos ha convenido, puesto que todos los meridianos son iguales; y nuestras operaciones se extienden mucho más que las antiguas, por nor-

LA VELADA.

“Vuelto al campo, tomó la palabra Mr. Juscién; y aunque se expresó en idioma francés, que yo no entendía, al otro día Mr. Verguin me hizo el favor de darme en castellano, un extracto del discurso de ese sabio, que estaba concebido así:

“Mis dignos compañeros: acabamos de consagrar un recuerdo á nuestros consocios del norte, que trabajan, también, por el afianzamiento y la prosperidad de las ciencias: mas, yo deseo que hagamos una libación por todos los filósofos del mundo, que tienen

te y sur.

Demasiado sensible le fué al exponente esta manifestación del Sor. académico; pues que siempre ha considerado de mucha importancia científica é histórica, la conservación de monumentos, como el de Tarquí; porque, aun dado caso de que contuvieran errores, servirían mucho, corridos los tiempos, como ha servido el Zodiaco de Denderah, y otras piezas por el estilo, encontradas en el Egipto y en el Asia.

Nuestro Gobierno, que generosa y

jas sus miradas en nosotros, y que nos acompañan, espiritualmente, en nuestros trabajos. ¡Qué campo, SS. el que va á abrirse para la ciencia y para sus amantes! Por ahora, recojiendo datos, acumulando elementos, podemos preveer, únicamente, la gran transformación que preparamos en el mundo de las letras, acaso sin comprenderlo en toda su extensión. Basta que se

patrioticamente ha servido y atendido á la Compañía académica francesa, ha podido obtener de ella, que fuera restableciendo la señal del valle de Tarqui, material y formalmente; y hacer que desaparezca la pilastra de Francesurcu, puesta á ojo; y que por lo mismo, no sirve sino para nuestro descrédito. Pero, no contamos hoy en día con Presidentes, como un don Vicente Rocafuerte, ni Ministros de Estado, como un General Antonio Morales, que anhelosos de la honra y el progreso, hicieran reponer la pirámide de Tarqui, como se repusieron las de Caraburo y Oyambaro. *¡Ya se ve! La materia no es política y no siéndolo, carece de todo interés para los Gobernantes que, regosijándose engreídos con su encumbramiento, olvidan la honra y glorias de la patria.* (Cevallos H. del Ecuador Tomo 5.º capítulo 6.º)

liguen una á otra las investigaciones particulares, para que venga la generalización, mediante esa fuerza que guía y fecunda la facultad intuitiva. ¿Cuántas explicaciones no aventuraron los indios y los griegos, que al principio no pasaron de gratuitas hipótesis, habiendo adquirido después la comprobación científica? El inmortal Colón con sus ideas fantásticas sobre la naturaleza del mundo que preveía, y con sus erradas teorías geográficas, ¿no es, por ventura, el sabio aventurero á quien debemos el completo conocimiento de las esferas terrestre y celeste? Hoy SS. que hemos medido, palmo á palmo, el *dorso terráqueo*, el mundo del siglo 18^o se ha hecho dos veces más grande que el del siglo de Colón, multiplicándose á la vez el ámbito de los conocimientos humanos.

“Nosotros, á quienes ha tocado la gloria de recorrer estos países ecuatoriales, tenemos, á no dudarlo, la satisfacción de haber gozado de las más variadas impresiones de la naturaleza. En las colosales montañas que hemos recorrido, le es dado al hombre contemplar á un mismo tiempo todas las familias de las plantas y todos los astros del firmamento: abárcanse de una sola ojeada magestuosas palmeras, húmedos bosques de

bambúes, la familia de las musáceas; y, por encima de otras formas del mundo tropical, todas las plantas que se ostentan en nuestra Europa, hasta que muere la vegetación en las nieves perpetuas, que sirven de radiosa corona á las cordilleras. Así mismo: de una sola ojeada, vense las *Nebulosas magallánicas*, la constelación de la *Cruz austral* y las estrellas de la *Oza*; y todo esto en un cielo purísimo, con astros que han contenido su centelleo, como prestándose á la observación matemática.

“ Si el grande hombre que descubrió esta inapreciable región de nuestro planeta, hubiera sabido al acercarse á las islas de Haití y de Cuba, que el perfume embriagador que percibía en el hálito de un mundo verdaderamente nuevo, ¡ oh! cuales hubieran sido sus transportes, cuales las verdades que hubiera podido entrever con su pederosa intuición? Y si al penetrar él mismo por las bocas del Orinoco, le hubiese sido dado saber, que tocaba en este inmenso continente, y que entre aquel río, cuyas aguas soboreaba con tanto gusto, y el caudaloso Marañón, se extendía una cuenca de selvas vírgenes, de montañas admirables, de comarcas de incomparable belleza, en donde habia ciudades populosas, á más 12,000 pies sobre el nivel del mar, ¡ oh!

entonces, esa atrevida imaginación habría volado á estas alturas, y habría podido comprender toda la grandeza y toda la importancia de sus descubrimientos !

“ Levantóse Don Pedro Vicente Maldonado, y habló en estos términos:

“ Ya que en esta noche nos es dado traer á la memoria todos los grandes recuerdos que pueden ahogar nuestra fantasía y animar nuestro corazón, séame permitido, retroceder más que Juscien, y contemplar está llanura, estos campos, y remontarme á los tiempos del vasto imperio de los Incas.—Por estos lugares pasaba, SS., la gran calzada interandina, parte de cuyos restos la tenéis allí, en Cumbipirca; calzada que no cedía en solidez y extensión á las grandes vías romanas. En estos contornos se encontraba la preciosa y rica Tumibamba, la ciudad favorecida de Huainacapac; y esta llanura era como el campo de Marte de esa residencia imperial. Aquí, Señores, si; aquí el gran conquistador Tupac-yupanqui, ese Tamerlán del occidente, pasó revista al poderoso ejército que, á las órdenes de su hijo, debía entrar á la conquista del reino de los Zhiris. Aquí se celebraron las fiestas del trasquilo de Atahualpa. Aquí, en fin, el recordado Huainacapac recibió la noticia del primer arribo de los españo-

les á las costas de Tumbes; y sintiendo acercársele la muerte, dictó aquel célebre testamento, digno de un sabio, de un varon virtuoso, de un príncipe, que al apagarse, quizo concentrar y reflejar todas las grandezas de su estirpe.— Recojed, francéses, estas memorias de la antigua patria de esos titanes del imperio incásico.

“ En estas y otras conversaciones, por el estilo, se pasó hasta las dos de la mañana. A esta hora, don Jorje Juan, dijo: mis amables compañeros, bien quisiera ver salir el sol en medio de esta reunión encantadora, y acaso la más cordial que hemos tenido desde que nos hallamos por estos contornos; mas, los trabajos que debemos practicar mañana, exigen algún descanso. Recojámonos, pues, dedicando antes un solemne testimonio de nuestra admiración y reconocimiento al Soberano que nos ha proporcionado estos días de gozo, y esta ocasión de conocernos y amarnos. Señores; ¡ qué viva Luis XV de Francia !

“ Contestamos todos con efusión: ¡ que viva !

Pero al terminar nuestra aclamación, Mr. de La-Condámine, agregó: ¡ Que viva nuestro protector, el poderoso Felipe V. !

¡ Que viva !”

X.

EL PASEO NOCTURNO.

Habiendo concluido el Dr. Cifuentes la lectura del manuscrito del P. Moreno, es necesario, dijo; que también nosotros reposemos algo; que tomemos alguna refección, y que gocemos de la hermosa noche que se acerca. Mañana podré terminar esta pequeña historia, mientras se arregle el almuerzo y se preparen las caballerías para regresar.

Poco tiempo después, la *compañía puseante*, dividida en varios grupos, se hallaba diseminada en el verde y florido prado que, desde las casas del Colegio, va estendiéndose y ensanchándose hacia la gran meseta de Tarqui.

—Clotilde, llamando la atención de Julio, pidióle razón de la *Cruz austral* y de las *Nebulosas magallánicas*, que se habian fijado en su mente, cuando la relación del Dr. Cifuentes.

—La *Cruz*, allí la tienes; y señaló en el cielo esa constelación. Parece que estuviera perpendicularmente sobre el Yunguilla; pero aquello no es más que una apariencia! Qué grande y brillante es la estrella del pie!

—Sí, es una lástima que la del bra-

zo izquierdo sea tan pequeña, en comparación de las otras tres. Con qué, ¿tampoco Dios ha encontrado diamantes iguales para hacer esta alhaja? —¿Miras, más abajo de la Cruz, esas pequeñas nubecillas? Pues esos son los *nublados magallánicos*.

—Pero, ¿qué de particular tienen esas nubecitas, para que los astrónomos las consideren tanto?

—¡ Ah! Clotilde, no creas que son simples nubes, que el viento hace y deshace—Son mundos de astros: mundos, probablemente, más grandes y más importantes, que todo este sistema de estrellas, planetas y cometas en que nosotros vivimos.

—Qué me dices, Julio?

—Los astrónomos han llegado á descubrir, que el espacio es un receptáculo infinito, á manera de un océano sin límites, en donde se hallan esparcidos infinidad de grupos de cuerpos esféricos, brillantes unos, opacos otros, que obedeciendo á la ley de la gravitación, constituyen, entre sí, un solo y mismo sistema. Los habitantes de uno de esos globos, verán, también, como una nubecilla, el grupo en que nosotros existimos.

—Que felices son, Julio; UU. los hombres, que tienen proporción de estudiar estas maravillas, de la creación. Es verdad que á nosotras nos

dan en el Colegio unos libritos que tratan de estas cosas; pero son tan sucintas, que poco ó nada comprendemos. Hace algunos días que Amelia y yo le suplicamos á la Madre preceptora, que nos mostrara las constelaciones en la esfera celeste, y se excusó diciéndonos: que aquí no podía orientarse bien, y que por lo tanto, no podía distinguirlas.

—Ahora se me ocurre, Clotilde, llenar un deber de afeción. Permíteme unos instantes (y sacando Julio una libreta, escribió con lápiz, á la luz de la luna.)

—Qué apuntamiento has hecho?

—Tu sabes mis relaciones con Adriana. A esta joven, á quien pronto le consagrara toda mi existencia, le dedico algún pensamiento á las seis de la tarde de todos los días. Por no interrumpir al Dr. Cifuentes, dejé pasa esta hora tan solemne, tan melancólica, que naturalmente eleva los espíritus, y los convida á la meditación y á las fruiciones mentales.

—¡ Olá ! Con qué: al fin te casas con Adriana ? . . . Pero, permíteme: qué es lo que has consignado en tu ramillete amoroso ? (I tomando el librito de Julio, leyó):

“ La estrella de primera magnitud y
“ el pequeño satélite, se mandan sus
“ destellos. El árbol del bosque y la

“florezilla del valle, se cambian sus
“efluvios. El ave de las regiones de
“fuego dirige sus gorjeos á la que ha-
“bita los fríos polares: ¿por qué nues-
“tros corazones no han de entenderse
“do quiera que se encuentren?”

—Muy bien, señor novio, dijo Clotilde, devolviendo el librito.

—Gracias, señorita novia?

—Cómo es eso de *señorita novia*?

—Cómo? Me aseguran, prima mía, que está arreglado tu matrimonio con Rodolfo.

—Entiendo que sin mi voluntad, no podrá arreglarse ese negocio; y yo jamás consentiré en ello.

—Y por qué, prima mía?

—Porque Rodolfo es un hombre sin oficio, ni beneficio. Dicen que ha estudiado mucho: mas, nada sabe. Dicen que es de un buen talento, de una memoria privilegiada; y nada entiende. ¿No le has oído tantas tonterías con que me ha importunado en el paseo?... ¡Ah! sí: tú estuviste algo distante. Sabrás que vino á contarme, que los colombianos guerrearon en el Portete con cañones, y que Alzuro era un gran artillero. ¿Hase visto una ignorancia más supina de estas crónicas de nuestros días?... Y luego, cuando me hallaba evocando mis recuerdos, y contemplando entusiasmada esta inmensa y bonita llanura, me vino á distraer con el

empeño de que beba una copa. Todo, Julio, quieren los jóvenes de la escuela de Rodolfo, dirigirlo y componerlo con la *copa*. Este es el único idioma en que hablan, el único presente que hacen, la única galantería que prodigan.... Y no es esto todo: tú sabes, querido Julio, que estos jóvenes tienen la desgracia de no conocerse á sí mismo; y que con su ejemplo nos comprueban, que *la ignorancia es atrevida*. ¿No les has oído hablar con desprecio de los hombres más distinguidos por su posición social, y por sus talentos? ¿No les has notado, haciendo gala de ultrajar á personas respetables, creyendo torpemente, que en eso hay gloria para el audaz? Qué puede una esperar de estas gentes que son la deshonra del país? Pero, ahí se acerca con Amelia; y Amelia está sonriéndose: sin duda se ha dejado decir alguna bobería; tú lo verás.

—¡Qué bella y qué magestuosa está Amelia! Nunca la he visto tan divina. Miradla: inundada por los rayos de la luna, y pisando la florida hierba: sus ojos brillan, como los ojos de la Gacela: su frente despejada y pura, irradia como la plata que se ha bruñado, como el diamante pulimentado, como el cielo después que ha llovido.

Al reunirse Amelia, Rodolfo y el pequeño Gustavo con Clotilde y Julio,

dijo la primera:

—Julio, ven y seras Juez. ¿No es verdad que el Dr. Cifuentes mentó en su relación una estrella que se llama la *Mano de Antinóo*?

—Sí, Amelita; y la tienes ahí, sobre tu cabeza.

—Pues, el bueno de Rodolfo, ha creído que hablaba de no sé qué mano de Antonio, á la manera que Dumas de la *Mano del muerto*.

—¡Oh! exclamó Rodolfo, amohinado: si también trajo á colación un *bovero* y una *cruz aural*. En fin: cuando á mi me meten en estas metafísicas, no sé en dónde me hallo.

A ese tiempo, acercóse Alfredo trayendo de la mano á la traviesa Pepita, que andaba dando saltitos en la pradera. Hizole, entónces, Clotilde esta reconvencción,

—¿Porqué te dormiste durante la narración del Dr. Cifuentes? Esta niña, á quien la tenías entre tus rodillas se portó mejor: estaba atenta, como si todo lo entendiera.

—Ay, Clotilde; si no mismo puedo acomodarme á estas novelas españolas. Es necesario convenir en que sólo la novela francesa impera en el mundo literario.

—Pero, si no es novela lo que nos ha referido el Dr. Cifuentes: es una historia cierta.

— Yo no convengo en ello. Mira: yo aguanté hasta que empezó á leer el diario del jesuita; pero, uno que se ha embebido en las bellezas de Eugenio Sue, y que ha leído el *diario de Urzula*, ¿podrá tolerar un apunte viejo?

— Cómo oír estas cosas, murmuró Amelia, es mejor ir a dormir.

XI

LA SERENATA.

Alfredo y Rodolfo, que, por juvenes extraños á la familia, debían pernoctar á parte, se acomodaron, á la descubierta en un ángulo del pasillo ó corredor principal de la casa de hacienda: más, luego que apagaron las luces y reinó el silencio, dijo el primero á su compañero: amigo mio, yo no aguanto esta mala noche tendido en el suelo vivo, mirando andar las estrellas en ese cielo tan frio: levantémonos hombre, y veamos cómo entretener el tiempo, hasta que amanezca.

— Soy de la misma opinión, mi querido Alfredo; mas, qué es lo que podemos hacer en este campo desconocido?

— A mí me han dicho, que por estos mundos hay buenas mozas; unas Canizares, unas Barrazuetas, que se yo quie-

nes más. Averiguemos con el hijo del mayordomo, que me parece un buen muchacho; y vámonos a una de esas casas á entretenernos de cualquiera manera, antes que amanecer aquí, ateridos como cuentan de los soldados de Napoleón en Rusia.

Con esta idea, se abocaron con un mozo de veinte á veinticinco años, hijo del mayordomo del fundo que andaba arreglando las caballerías y echándoles pienso, acompañado de un peon más joven que él. Le provocaron, ofreciéndole sus propinas, á que le conduca á una de las casas del vecindario, donde haya muchachas, a quienes brindar un trago. El mozo no se hizo de rogar mucho; pero les dijo: niños, si UÜ. quieren ir á dar una serenata, podemos emprender, caso de que sepan tocar la guitarra; porque yo tengo una muy corriente y también un violín. Entences exclamó Rodolfo, en voz baja: ¡ Oh! magnífico—yo punteo regularmente la vihuela; pero violín no entiendo. El mozo añadió: yo trabajo en el violín, y puedo acompañarle á su mercé. Alfredo, repuso, váya, todo anda á pedir de boca: arreglemos pronto el *mutulotaje* yo tengo dos botellas de buen mallorca de Merchán. Y yo, di o Rodolfo; tengo una botella de Jerez dulce para paladear á las chiquitas. ¿Cómo quiciéramos llevar azúcar, para confeccionar un *timbuzhca* en este frio ?

(a) Dime tú, Pepe, (así se denominaba el mozo); ¿ no puedes sacarte el azúcar necesario de las bolsas del fiambre que trajeron las niñas ?

—No sé dónde estarán, contestó Pepito: seguramente entregarían á mi mamá; y ella tendrá eso bien guardado.

—, Y por estos contornos, no hay alguna venta de estas cosas ?

—No, niño; de aquí para abajo, sólo en la pulpería de la mama Juana se encuentra pan, azúcar, velas, y así otras cosas.

—Y, dónde es aquello; no podemos mandar á ese indio pagándole bien?

—No niño; esa pulpería está muy lejos, al frente del Narancay del Dor. Salcedo: ne volveria sino al amanecer.

— ¡ Diablos ! quizás tengan en donde vayamos.

—Eso no peinse, niño; si vamos donde las Canizares puede ser que haya *rapadura*, porque el taita es entendedor al Yunguilla y siempre trae cargas.

—Pues, no dilatemos más, observó Alfredo: yo tengo buena suerte; todo hemos de hallar. Lo principal es saber; ¿ dónde las Canizares, cuántas buenas mozas hay ?

(á) Hervido de aguardiente con poca agua y harto azúcar.

—Dos, niño: la una ya competente, la otra maltona, fuera de la madre que todavía es *garranchona*.

—¡Suficiente! dijeron los dos jóvenes, á la vez.

En seguida arregláronse los instrumentos: se tomaron dos caballos de los más adecuados, y llevando también al peon, para que cuidase las bestias, salieron montados, en pelo, los cuatro tunantes.

Pasado el río, dijo Pepito: esa casa que está al frente, allá arriba del camino grande, esa es la casa de los Canizares: me parece que debemos ir á caballo hasta el camino, y dejando allí las bestias, al cuidado de sste indio, subir á pie á la casa.

—Bien pensado le contestaron; y atravesando la llanura, encontráronse luego cerca de la entrada al callejón Irquí. Desmontados en este lugar, ascendieron lo bastante, calculando ser oídos de los habitantes de la casa. Colocados sobre unos pedruscos, acordaron los instrumentos, y, después de un ligero ensayo, cantaron entre los tres a toda voz, esta copla:

Tarde de la noche vengo,
Porque de día no puedo:
Como mi amor es robado,
Temo que me trinque el dueño.

Repetido el canto; y en la convic-

ción de que ya estaban sobre aviso los de la casa, se acercaban á ella, sólo rasgueando la guitarra: mas, en esto, adviértese que de una hondona da, que te an á la derecha, se daban las voces de ¡ ladrones! ¡ socorro! y que aullaban los perros y se alborotaba el campo.

A la escasa claridad que, al tocar en su ocaso, despedía la luna, repararon los tunos, que una india des-pavorida, salía á una eminencia, de tras de la casa, y daba fuertes alaridos; y que fijándose en los tres, exclamaba: “ aquí están, suelta hijo los perros”; y que ella misma, bajando de su observatorio, acusaba otros perros desde la casa.

Pocos minutos habían pasado, cuando los cantantes se encontraron rodeados de una jauría completa, que no les permitía ni adelantar, ni regresar: gritaban los infelices cuanto daban los pulmones, protestando que eran hombres de paz: nada, los canes encima. Rodolfo tuvo que arrojarles con la botella de jerez, y defenderse con la guitarra, hasta averiarla. Alfredo les echó encima ambas botellas de mallorca; y así sólo pudieron conseguir alguna tregua para salvarse del conflicto; pero, acosados siempre, descendieron hasta la via pública, en donde, por fin, cesaron de

acometerles los furiosos mastines, porque ese era el lindero del predio que guardaban: no obstante, continuaban aullando á intervalos, y alborotando la comarca.

Móhinos, maltrechos, con algunas rasgaduras en los ponchos, se veían las caras en la vía pública, y tan solo con el gesto se preguntaban: ¿ qué es lo que nos pasa? Y, bién; ¿ qué habia sucedido? Que el peoncito, deseoso de tomar parte en la serenata, habia dejado los caballos pastando en la dehesa, y trepado por la hondonada para no ser visto por sus amos: mas, por desgracia suya, hab'a en esa hondonada un rebaño acorralado de ovejas con su pastor que, al primer ladrido de los cancherveros, despertó, y entre dormido y despierto, vió gigantes en ese único indio, que habia ido á tropezar con el aprisco.

Siguiendo la historieta.—Vueltos en sí nuestros paseantes nocturnos, trataron de buscar sus avíos para el pronto regreso. La luna se habia ocultado ya: una llovizna frígida caía de un cielo nebuloso, y los caballos correteaban sin dejarse tomar. Luego, luego, se acercaron á la márgen del río, y olfateando á sus compañeros, lo vadearon á la carrera, y se internaron en la casa de hacienda.

Nuestros tunos, sin una gota del famoso confortante, tuvieron que resolverse á pasar el río en calzoncillos, cargando los pantalones y las botas. Así fracazan las mejores empresas.

XII

EL RÍO DE SANGRE.

El Dr. Cifuentes, tomando al siguiente día, el hilo de su narración, continuó así:

El 25 de Agosto del año que venimos recordando, la sección académica se dirigió a Francés-ureu, para hacer sus últimas observaciones, y dejar bien determinado el sitio donde debía colocarse la lápida. Seniergues, que no estaba llamado á tomar parte directa en aquellas conferencias, comprometió á su íntimo amigo Juscieu, para marchar inmediatamente á la ciudad. La lidia de toros en San Sebastián debía comenzar en la tarde de ese día; y él deseaba con vehemencia asistir á ese espectáculo, al que debía concurrir su amiga Manuela Quezada.

Brillaba el sol en un cielo despejado; mas debilitándose su intensidad calorífica con el vientofrío de las punas, calentaba la tierra con reful-

gente, pero tibio resplandor. Se-
nriegues, concentrado en sí mismo,
y con esa vaga inquietud del hombre
que siente los primeros albores de una
pasión amorosa, recorría el campo con
inquieta mirada, siguiendo á Juscién y
á su esclavo Cujidon, que le precedían
en la marcha. Si él hubiera podido es-
tudiár con más calma el mundo visi-
ble: si sus sensaciones internas no hu-
biesen absorbido, casi por completo,
las impresiones exteriores, ¿qué espec-
táculo tan animado y pintoresco el que
habría podido apreciar? Era el tiempo
de la recolección del maíz, de este ce-
real rico y abundante en las mesetas y
faldas superiores de la gran cordille-
ra. Bandadas de indios, vestidos de cal-
zones de bayeta oscura, camisa de lien-
zo burdo y un pequeño poncho de co-
lor griz; fajado el poncho con un lazo
de beta y llevando la hoz á la mano,
acudían presurosos a la siega de las
sementeras, seguidos de su fiel po-
denco. Los mayores con el chicote
en la una mano y la *quiya* (caracol) en
la otra, arreglaban y dirigían los tra-
bajos. Las manadas de animales rumian-
tes se esparcían por los rastrojos, mu-
giendo aquí el toro, balando allá la o-
veja, el arrolándose el cabro en las do-
raças retan as. Las fincas, semejalán,
entonces, á jimientos omígueros, en
donde los peones acumulaban los fru

tos, dirigiéndose en sus monótonas marchas y contra marchas, charzónicas rucas, pero ingeniosas.

—Juan, estas muy ensimismado, dijo José a Serio: ¿porqué me has quitado el habla?

—¡Ah! Iba pensando no sé en qué. Esto es, acorralame de Bonambiel mi tierra natal. Veía a mis padres junto al riachuelo, que corre por entre sus heredades. Nada de todo esto, mi querido José, se parece á mi fértil y hermoso país.

—Tienes un acento de melancolía indefinible. Con que, ¿ni el claro y dulce Tutu al: que acabamos de vadear; ni el blanquizeo y salado Naranca, que luego pasaremos, se parecen á tu Bonambiel?... Revélanme, ¿qué negros presentimientos abrigan en tu alma, para que tú, joven y alegre, estés impregnado de tanta tristeza?

—No lo comprendo, amigo mío; todo lo veo de color de sangre. Sí; sangre renegrida, sangre molida, como dice el vulgo.

—Hablemos con franqueza. Parece que tú has contraído en Cuenca, ciertas relaciones amorosas que te pesan y enturbian la vida.

—Mi pasión, no hay duda, es fuerte, José; pero sabrás, que la mujer cuencana es tierna, fie!, de muy buenas dotes; y que por lo mismo, jamás puede inspi-

rar una pasión brutal y degradante. Lo que sucede es; que no hay cielo sin nubes, ni agua sin insectos.

Que equivocado te hallas, amigo mío bien se conoce que ahora estás juzgando de un amor naciente.

¡ Ay! Juan: qué hermosa es la aurora de un amor, qué pálido y triste su anochecer. Mira; el hombre que tiene puesta su felicidad en el corazón de una mujer, la tiene sobre un volcán, si ese corazón le ama, sobre un nevado, si le es indiferente.

—Muy lúgubre estás querido amigo mío: pareces hastiado de la vida, cuando no has llegado á la mitad de su camino. Escúchame: estos pueblos interiores de América, no están contagiados, todavía, de ese virus deletéreo, q' ha cundido en la sociedad europea, corrompiendo todos los corazones, falseando todas las inteligencias, y convirtiendo el mundo en un infierno. Pero aquí, que la naturaleza, física y moralmente hablando, es aun pura y sencillita, exhala, todavía, los perfumes de la inocencia, é irradia la luz primitiva. Aquí digo, puede uno confiarse en el amor, en la amistad, en la gratitud, en fin, en todos los nobles sentimientos del alma.

—Nada de eso. La naturaleza humana se pervirtió en el paraíso mismo; y, desde allí, se ha difundido como un

torrente de aguas fétidas por toda la estensión de la tierra. De esto, el que las alegrías de este mundo, no sean más que una obra de la familia: el más ligero soplo las disipa. Por esto, el que no pueda nos sustraernos á la influencia de ciertos seres, ya sean ellos la causa de nuestra dicha ó de nuestros dolores, y que no podamos evitar la acción q' sobre nosotros ejercen: son nuestro ímán, son nuestro sol: y son, también una *boa* que nos atrae y retiene. Sobre todo: no podemos sacudir el yugo de las pasiones, sino mediante esfuerzos sobrehumanos. Con el corazón, amigo mio, no hay como pelear, como persuadirlo, ni como cambiarlo.

— Qué tal! Al comenzar nuestra conversación, era yo el tasiturno, el desesperado, el... y luego se han trocado los papeles. Ahora soy yo el que cree en algo bueno, algo amable, algo respetable en el mundo; y soy yo quien te consuela, quien te abre las puertas de la vida. ¡ Oh! es necesario convenir en que tienes una herida mortal en el corazón, herida que destila sangre y veneno!

— Sí: no hagáis que vuelva la memoria á abrir: no toquéis esa herida. ¡ Ah! Ojalá la memoria fuera una tabla en la que pudieran borrarse las imágenes y los recuerdos ingratos. Oh! Yo borraría con mano dura y desapiadada

las huellas de doce años de sufrimientos: no dejaría piedra sobre piedra de este edificio levantado á ciosos traidores y falaces... Pero, Seniergues, echémoslo todo al olvido; nos acercamos ya á la ciudad; gozemos de este pintoresco egido, que con sus delicados aromas, refrescará nuestro calcinado corazón, y reanimará nuestro espíritu abatido.

—Pero Juscieu, si todo es sangre! Mira el río, no es más que sangre.

—No os aturdias, ni querido Juan, El Yanuncay tiene ese color rojo.

—¡ Ah! si: es el color propio de estas aguas. Este es el río bermejo del Ecuador.

XIII (I)

LA ENTREVISTA.

En una casa de modesta apariencia, situada en uno de los barrios de Santo Domingo, hallábanse la noche del 25 de Agosto de 1739, conversando familiarmente tres personas, con vehemencia y en actitudes diversas. La una era un hombre de cuarenta y cinco

(1) Este capítulo y los siguientes, hasta el fin, contienen hechos ciertos, los más, tomados de las causas criminal y mortuoria de Seniergues.

á cincuenta años de edad. Vestía chaqueta y calzoues de pana azul, medias de algodón y zapatos de cordoban con hebillas de cobre. Encostrábase envuelto en un capote de bayetón de Quito, y medio recostado en una banca forrada de vaqueta.

Formando ángulo con ésta, veíase un ancho y grande estrado de madera, cubierto con una gruesa alfombra, y sentada allí una mujer joven y hermosa. Sus ojos grandes, negros de un mirar apacible, estaban entonces inquietos y ligeramente enrojecidos y turbios, por efecto del llanto, proveniente de cólera concentrada. El cabello castaño oscuro, caía en rizos algo desordenados, sobre la espalda y aún sobre la frente y las mejillas de la joven segun los movimientos de la cabeza. La boca, roja, bien modelada, tenía cierta expresión de amargura y de rabia, dejando entrever unos dientes tan blancos, como iguales. El único defecto, bien ligero en verdad, que se notaba en la hermosa mujer, era la falta de gentileza en su cuerpo: de estatura algo pequeña y de formas bastante gruesas, no tenía el talle esbelto, correspondiente á su fisonomía radiosa y atractiva, y á la perfección de las diversas partes de su cuerpo: en cambio, la tez mórbida de un color de rosa claro, le daba un realce de sin par belleza.— El traje que

vestía era de lo más elegante de la época: saya de espolín verde, caprichosamente encarrujada y adornada con festones de raso, lentejuelas de oro y canutillos de vidrio; medias de seda de colores varios y zapatos de fino tafilote, con tacón de perilla; la camisa de transparente gasa, y un paño recamado de seda, que le cubría graciosamente el pecho y los brazos, casi descubiertos; tenía pendientes de las orejas dos grandes zarcillos de esmeraldas, y un hilo de perlas gruesas de buen oriente, cadulaba en su garganta de diosa.

En frente del estrado y en una silla de zuela, grabada de figuras ingeniosas, estaba un joven, como de treinta años de edad, perspicaz, atento y delicado. Vestido a la francesa con un esmero exquisito, llevaba frac de paño punzó con solapas de tafetán verde y botonadura de oro, calzones de terciopelo azul turquí y botas fuertes charoladas con espuelas de plata, camisa de batista y corbata de clarín, en el dedo índice de su mano derecha, brillaba un anillo de cinco buenos diamantes, en forma de cruz.

El lujo de estas dos últimas personas hacia contraste con la sencillez del primero y con el menaje de la pieza. No había en ella más que una mesa tosca, y en esta un candelero de hojalata, con una vela de sebo, que daba

escasa luz á la habitación: el pavimento careca aún de petate, y sus paredes estalan ahumadas y las ventanas sin vidrieras ni cortinas.

Las tres personas que acabo de describir, eran Francisco Quezada, natural de Cuenca, su hija Manuela y el Capitán don Juan Seniergues. Su conversación, después que se hubieron saludado, se trabó entre la joven y Seniergues, en esta forma:

—Yo le dirigí una carta, Sor. don Juan, convidándole para los toros.

—La recibí, Señorita; pero no me ha sido posible concurrir el día de hoy. ¿Qué tal ha estado la tarde?

—Tampoco he concurrido yo. No era posible con las molestias que he tenido; y además, taitito se sentía algo mal.

—Por lo que hace á don Pancho, me parece que ha convaltecido perfectamente. Mas, ¿qué molestias son las de que Ud. me habla?

—¿Qué? No lo sabía Ud.

—Cómo voy á saber nada, cuando mi primera salida después de llegado de Tarquí, ha sido para acá.

—Me causa rubor, don Juan. Será mejor olvidar lo que ha pasado, no hacer caso, y conseguir de taitito, que concurra á la fiesta.

—Pero Ud. me tiene en ascuas. Bien sabe cuanto la estimo, y, sin embargo

me oculta sus pesares.

—Cierto: Ud. es mi único amigo, mi protector: Ud. ha hecho para conmigo veces de hermano, de padre, de todo; pero....

—El pero, Sor. Doctor refunfuñó Quezada, es que esta mujer tuvo la debilidad de recibir a León, á ese pícaro, unos zarcillos y una cadena de oro. Resulta ahora, que esas alhajas han sido de la iglesia de Santo Domingo de la que León es síndico, como Ud sabe; y el Sor. Vicario ha ordenado, que Manuela las entregue en el acto, bajo de excomunión.

—Esto ha debido hacerlo cuanto antes, Manuelita. Ya le había aconsejado á Ud. que devolviera á León cuanto pudiera haberle pertenecido.

—Pero Sor; ni los 50 pesos que ordenó el mismo Vicario que me pagara, me los ha dado hasta ahora. Si todo es en contra mía; parece que él no hubiera cometido ningun pecado, cuando él es la causa de mi desgracia (lloraba al expresarse así.)

— ¡ Oh! No lllore, amiguita. Todo se compondrá: más, no pare Ud. en esas miserias: olvídese de ese hombre perverso.

—Soy desgraciada, don Juan, y lo seré toda mi vida: pero lo que me pica es el ultraje que se me ha hecho, viéndome sola.

—El pero, Sor. Doctor refunfuñó Quezada, es que esta mujer tuvo la debilidad de recibir a León, á ese pícaro, unos zarcillos y una cadena de oro. Resulta ahora, que esas alhajas han sido de la iglesia de Santo Domingo de la que León es síndico, como Ud sabe; y el Sor. Vicario ha ordenado, que Manuela las entregue en el acto, bajo de excomunión.

—Esto ha debido hacerlo cuanto antes, Manuelita. Ya le había aconsejado á Ud. que devolviera á León cuanto pudiera haberle pertenecido.

—Pero Sor; ni los 50 pesos que ordenó el mismo Vicario que me pagara, me los ha dado hasta ahora. Si todo es en contra mía; parece que él no hubiera cometido ningún pecado, cuando él es la causa de mi desgracia (gloraba al expresarse así.)

— ¡ Oh ! No llore, amiguita. Todo se compondrá; más, no pare Ud. en esas miserias: olvídense de ese hombre perverso.

—Soy desgraciada, don Juan, y lo seré toda mi vida: pero lo que me pica es el ultraje que se me ha hecho, viéndome sola.

—Qué ultraje: espíquese por Dios.

—Señor, volvió á decir el padre. Don Diego de León no se ha contentado con sacar esa monitoria, sino que abusando de que yo estaba en la calle,

introdujo aquí su esclavo Enrique, quien registró los baules y se llevó lo que quizo, faltando é insultando á Mannela.

—¡ Oh ! Esto es intolerable, exclamó Seniergues, poniéndose de pie y llevando involuntariamente la mano al puño de su espada.

—Pero, Señor, repuso Mannela, levantándose á su vez: yo soy la única culpable; y no quiero que nadie se moleste por mi causa.

—No, amiguita; ¿ cómo han de tolerarse estas demasías ? ; Oh ! no, á fé de Seniergues, esto será castigado y bien castigado.

Y diciendo así, medio loco á impulsos del coraje, salió sin despedirse. Anduvo á ciegas las dos cuadras trasversales, que le separaban de la calle recta que baja de la plazuela de San Sebastian á la de San Blás: al entrar en esta carrera, tropezó con La Condamine, a quien abriendo mucho los ojos y con voz convulsa, le dijo: con qué, ya tú por acá?

—Si amigo acabo de desmontar; pero, qué tienes ? Tu voz está alterada, pareces febricitante ó un colérico.

—Acompáñame Carlos.

XIV

EL DESAFIO

El 26 de Agosto de 1736, hallábase el capi á don Diego de León con ver

sando, muy cariñosamente, con su bella consorte, la joven Rosario Serrano, hija única del Alcalde ordinario don Sebastian Serrano y Mora. Dos meses escasos hacía, que el caballero León se había matrimoniado con esta mujer de mejor alcurnia que la Quezada, aunque no tan encantadora como ésta. Las circunstancias de linaje, hicieron que el noble capitán prefiriese su enlace con la Serrano, renunciando al que proyectaba verificar con la Quezada; siguiendo las inclinaciones de su corazón y los estímulos de su conciencia. Rosario, á quien no se le ocultaba el estado íntimo de su marido, encontrábase desasosegada con esos celillos que atormentan á la esposa, cuando no se cree amada en toda su plenitud, y sobre todas las cosas. La conversación, por tanto, versaba especialmente, entre los dos conyuges, acerca de las inquietudes de la Serrano que trataba de calmarlas don Diego con halagos y protestas de fidelidad.

Hallábanse en estos coloquios, cuando oyeron tocar las puertas y un criado anunció á dos personas notables del lugar. Retirose Rosario á una alcoba, y León recibió la inesperada visita con azoramiento manifiesto. Los dos personajes, pasados los cumplidos de etiqueta, le entregaron una esquela, concebida en estos términos:

“El Capitán don Diegode León

“ se servirá darme una satisfacción,
“ en duelo singular y á muerte, por
“ los ultrajes inferidos á su nombre
“ en la persona y casa de doña Manuela
“ Quezada; y por las injurias que se
“ me han dirigido personalmente. El
“ Sor. León se entenderá con los por-
“ tadores de ésta, que son mis padrinos
“ acerca del lugar, las armas y más con-
“ diciones del desafío.

“ Cuenca 26 de Agosto de 1739

(f) El Capitán Juan Seniergues.”

Don Diego leyó la esquila con aparente serenidad, y luego acercándose todo lo posible á sus interlocutores les dijo, á media voz: “ A las doce de este día, me haran U.U. el favor de reunirse en la casa de don Nicolas de Neira, para arreglar este asunto; pues que aquí no puedo hacerlo por consideraciones á mi esposa.—” Está bien, contestaron los dos caballeros, y se retiraron, saludando cortezmente.

La Serrano que todo lo había atisbado, y que esperaba por momentos alguna ocurrencia de esas, atendidos el caracter vivo de Seniergues y las tropeñas que se habian cometido con la Quezada, se abalanzó rápidamente y arrancó el billete de manos de su marido, sin darle tiempo para ninguna reflexión. Instruida al instante de su contenido. ¡ Jesus y María! exclamo:

este brujo va á matarte.

—No lo creas, Rosario: yo manejo bien la espada blanca.

—No, no, Diego de mi corazón: no has de moverté de casa. Yo le veré á mi padre para que haga encerrar á ese endiablado: para eso es Alcalde; ante todo pondré una vela á San Antonio para que me libre de estos trabajos.

—Vaya, mujer! El alboroto que haces por cosa que nada vale? Yo me acompañaré de don Nicolás de Neira y don Gregorio de León, con estos amigos nada tengo que temer.

—Ni pensarlo, Diego: yo no te suelto. ¡Jesús! Estos *cabachos* (a) son unos endemoniados: no vez que son mágicos. Pero este cirujano, este mismo es el peor: quien sabe que brujerías te haga. Tal vez lleve espada con virtudes ocultas y diabólicas. ¿No leiste el otro día la historia de esos caballeros encantados, que tenían unas armas invisibles? No, no, Diego: te voy á cchar la llave, y me marchó donde taitito, para que ponga remedio en esto. Tu estate pidiendo á San Antonio.

Diciendo y haciendo, fuese la joven palida y desolada, murmurando entre dientes: "Sí; esto mismo temía. Ah

(a) apodo. con que se distinguía á los franceses.

la *Cusinga* (b) es el diablo:

León, ya sea que temiese á su adversario, ya que quisiese engañar á su consorte, es lo cierto que no salió de la casa, ni acudió á la cita, ni tomó medida alguna al respecto.

El suegro de León, acompañado de su amigo don Nicolás de Neira, se entendió con don Jorge Juan para que calmara á Seniergues, y consiguiera que se preste á una entrevista con su amigo, en casa del gran Vicario eclesiástico, Don Juan Jimenez Crespo.

Como Seniergues era de un carácter dócil, no tuvo don Jorge mucha dificultad para reducirle á que concurra donde el Prelado, no obstante los graves motivos de resentimiento que tenía con esta autoridad. Mas, León y los suyos no acudieron á la conferencia acordada.

Una hora larga de espera y de fastidiosa conversación habían pasado. Seniergues y sus compañeros, en casa del Sor. Jimenez Crespo, hasta que dijo el primero:

—He venido acá, S. Vicario, deseoso de tener una explicación franca con Don Diego de León y mis otros enemigos gratuitos, y procurar la paz y la concordia, malamente alteradas entre noso-

(b) apodo con que era conocida Manuela Quezada.

tros.

—Me indicaron, Señor Capitán, que Ud. vendría, y aun parece que ellos trataban de lo mismo. No asoman sin embargo: ignoro el porqué.

—El porqué es muy claro. Con esta trata quisieron evitar la satisfacción caballerosa que yo exigía; y luego burlarse de un hombre a quien miran con desprecio, atenedos á que es un extranjero, sin relaciones en el país.

—En cuanto á esa satisfacción de que Ud. me habla, muy bien hicieron en rechazarla, como buenos cristianos católicos. Ud. sabe, que el duelo está prohibido por las leyes divinas y humanas.

—Es que aquí no se comprenden esas leyes, ni se sabe de honor; ni hay otra conducta que la falcía, la hipocrecía y el chisme.

—No insulte, Ud. Sor, á nadie en mi casa, porque ya tenemos muchas quejas, y acaso llena Ud. el cáliz de nuestra justa indignación. ¿No sabe Ud. que soy aquí la cabeza de la iglesia, y, por lo mismo, el guardian de sus fueros y el protector de la moral pública?

—Qué quereis decir con eso, Sr.? El juicio que habeis mandado instruir contra mí, como concubinario, es digno de risa y causa lástima. Con qué: yo que ni aun conozco esta pequeña ciudad, en todos sus contornos, y ni á la décima parte de sus moradores, soy ya un concubina-

rio público?... Y don Diego de León que ha vivido escandalosamente con una mujer soltera dos años largos, engañándola y adornándola con las alhajas de una iglesia, ¿es un santo de canonizarle? ¿Qué moral, qué leyes, qué justicia!

—Es Ud. un atrevido, por no decir otra cosa. Sepa Ud. Sor. cirujano, que el sacerdote debe ser muy respetado, y que nadie en la tierra puede censurar su conducta, ni tomarle cuenta de sus acciones. Jesu—Cristo le ha comparado con la niña de sus ojos, y le ha encomendado el gobierno de su Iglesia.

—¡Ah! Sor. Vicario: blasonáis tanto de vuestro sagrado estado..!Yo, también lo respeto mucho; pero, me repugnan demasiado ciertas cosas, que.....

Observando don Jorje Juan, que esta discusión iba tomando un giro péximo, la cortó de golpe, é interviniendo en el altercado, hizo notar, que se habían separado del objeto de la reunión; que era inconducente esperar más tiempo á Serrano y León, y que tenía el pesar de psr por terminada la entrevista, sin resultado alguno provechoso. Salio en seguida, llevando consigo a Seniergues y despidiéndose del Gran Vicario.

EL LANCE.

El 27 del mismo Agosto, por la tarde, contoneábase Dn. Diego de León en un ángulo de la plaza mayor, conversando grave y jactanciosamente con varios de sus amigos.—Ya vés, le decía á uno de ellos, abriendo las vueltas de su larga capa, como no cargo arma alguna. Para el *gabacho* me basta estornudar.

—Sí; pero, quiéu te libra de una celada?

—Mi nombre; el León de España!

Hizo reir á los circunstantes este retruécano; y reir á algunos con malignidad, porque no ignoraban, que el día del desafío había pasado bajo de siete llaves.

Cuando menos lo pensaban todos, apareció Seniergues por la esquina del colegio de los jesuitas. Seguíante sus esclavos José Cujidón y Agustín Congo. Al penetrar en la plaza, divisó á León, y, sin hacer alto en el círculo de amigos que le rodeaba, acercósele á pasos largos; y desembainando su chafarote: “En guardia!” le gritó, arremetiéndole al mismo tiempo. León, á penas pudo dar un salto atrás y sacar una pistola que llevaba en la faltriquera. Seniergues con el ímpetu de la arremetida y no encontrando resistencia, cayó de

bruces. Estupefactos los concurrentes abrieron campo; y cuando esperaban que León desherrajara su pistola, se admiraron de que se mantuviera quieto y silencioso, con el brazo levantado, como una estatua.

Los morenos Congo y Cujidón, aprovecharon de la sorpresa general y levantaron á su amo, quien furioso, mascando sangre, queria atacar de nuevo. Mas, el Alcalde don Nicolás Palacios y Cevallos, que á la sazón se hallaba en la oficina del escribano real don Vicente Antonio de Arizaga, acudió con este funcionario, y se interpuso entre los contendientes. Hizo valer su autoridad, á la vez que su amistad para con ellos, y consiguió que se calmaran y se restableciera el orden.

Esto no obstante, corrió veloz la *Nueva* por todos los barrios de la ciudad; y á medida que avanzaba, iba cambiando de forma, de color, de tono. Presentíbase en una tienda furiosa, alarmante, comunicando que los *brujos gabachos* se habian propuesto acabar con todos los *caballeros*, y que el *físico* Serniegues habia principiado matando á D. Diego de León. Pálida y horrorizada entraba en una casa, y refería que habian acometido todos los extranjeros á los mandones de la ciudad, porque no querian permitirles, que continúen midiendo las tierras *reales*, y que la plaza

no era sino un charco de sangre. Parálase en las esquinas de las calles, y aullaba y convocaba al populacho, atemorizándole con los presentimientos más siniestros.

Rosario Serrano, á quien llegó la noticia de lo ocurrido con su esposo, aumentada con las circunstancias más alarmantes, salió espavorida de su casa, situada en la plaza de San Francisco, y al pasar por la tienda del zapatero Francisco Iniguez: "Maestro, le dijo, han herido á don Diego en la plaza grande; recoja á los del barrio, y vamos á favorecerle". Continuó andando, o más bien, corriendo por la plazuela de San Francisco, cuando, al desembocar en la calle del Circo que sale á la plaza mayor, tropezó con su marido. Costóle dificultad reconocerle; tal era la turbación que se había apoderado de su ánimo. Don Diego la tomó con amabilidad, y la hizo regresar tranquilizándola y refiriéndole brevemente el suceso.

Entre tanto: por el barrio de San Agustín salían a la plaza don Sebastián Serrano y don Gregorio León, seguidos de una plebe numerosa; y por el de la Compañía de Jesús, venían al mismo lugar, don Nicolás de Neira, el zapatero Francisco Iniguez, el curtidor Manuel Velazco y muchos artesanos. Todos traían garrotes, y al-

gunos estaban armados de cuchillos y picas. Vitoreaban a su Majestad el Rey de España, y pedían venganza contra los enemigos de Dios y del Estado. Esparciéronse en la plaza, á manera de una jauría furiosa, ó como una manada de toros bravíos y buscaban á los *gabachos* en los portales y hasta en las tiendas, y su rabia se aumentaba con la dificultad de saciarla.

El Alcalde Palacios Cevallos y el escribano Arizaga, pudieron entenderse con los principales promovedores del motín, manifestarles la gravedad de sus hechos, y la poca importancia de lo ocurrido entre León y Seniergues; y así consiguieron calmarlos y que se disipase el tumulto.

XVI

LA ORACIÓN.

Ya entrada la noche, y detrás de uno de los gruesos pilares de cal y ladrillos de la casa opuesta á la de Gobierno, dos hombres dialogaban en estos términos:

—*Nahvizapa* (a): esta ocasión se ha perdido, pero no tardará en ofrecerse.

(a) *Nahvizapa*.—Carantón. Apodo con que era conocido Francisco Yñigues.

nos otra, acaso mejor: podré contar contigo ?

—Siempre, mi patrón.

—Y, como anda *Allcurucu* ? (b)

—Bien, muy bien, señor: solo espera las órdenes de *su merced* ? No vió ahora, cómo vino á la primera señal ?

—Bueno: esta noche en el *hayanfaile* (c) es necesario advertir á todos los gremios que no falten mañana de noche, y á la mojiganga, pasado mañana. Ya sabes que yo soy el padrino el último día de los toros, y quiero que sea el mejor. Además: puede presentárenos una ocasión buena para darles una lección á estos brujos.

—Corriente, mi patrón.

—Toma una peseta para chicha.

—Que Dios le dé más.

Al mismo tiempo, en el ángulo de la iglesia matriz que es hoy en día la catedral, estaban dos mujeres, medio ocultas entre la sombra que proyectaba la torre mayor, levantada entonces al lado de la puerta del templo, que cae á la calle recta, que baja por el

(b) *Allcurucu*—perrote. Apodo del curtidor Velazco.

(c) *Hayanfaile*. Manifestación popular, en que los *barrios* de una ciudad, en medio de músicas y algazaras, se desafían para una fiesta pública, especialmente, para las corridas de toros.

Cármén. La una de raza española, hablábase cubierta con un ancho rebozo de bayeta fina de vellón y calada de un sombrero redondo de fieltro de seda negra, adornado con plumas de cisne rizadas. La otra, de raza americana, vestía un faldellín de bayeta burda verdinegra, llamada *anacu* entre los indios, una camisa de lienzo de algodón y un rebozo angosto de la misma clase de bayeta. La primera decía á la segunda:

—Ay! Dolores: no puedo sosegar-me, todavía. Dime la verdad: ¿tú viste que lo introdujeron al colegio de los PP. Jesuitas?

—Tranquílcese, ama Manuelita: yo vi que le llevaron entre el Alcalde Palacios, y ese escribano que vive en la tienda de enfrente, y que entraron todos al colegio.

—Pero; no estaba herido?

—No, á fe de Dolores. Iba andando él mismo: muy abochornado, eso sí: mas no reparé sangre, ni cardenales en la cara, ni nada.

—Y, no le hablaste algo; No te diste á conocer?

—No hubo campo. Cuando yo entraba á ese portal, para comprar el pan que me encargó *su mercé*, advertí el alboroto. Me paré hasta ver el fin, y luego corrí á casa para avisarle á *su mercé*.

—Ay ! Dolores: qué sufrimientos los míos ! Para qué vendría este hombre ? para qué lo conocería ? En fin, entremos á la iglesia para rogar á la Virgen.

Ante el hermoso cuadro de la Virgen de la Soledad, que se veneraba en un pequeño altar, colocado bajo el coro de los músicos y cantores, postróse de hinojos Manuela Quezada, y deshecha en lágrimas, se anonadaba, se culpaba á sí misma, y elevaba á la Madre de los Dolores, fervorosa oración. Rogaba á la Virgen Santísima que, con su mano casta y piadosa, borrara las malas pasiones que la tenían ajitada, y rogaba también, porque el objeto de su cariño, regrese sano y salvo á su patria. En el recinto santo, en las aras de la virtud, hacia el sacrificio de sus sentimientos, de su juventud y de su belleza: queria morir, queria desaparecer, queria volver á la nada, antes que ser la causa de escándalos públicos y de la perdición de un hombre; y, qué hombre ! el amado de su corazón, el adorado de su alma. Pero, en estos momentos triunfaba la religión.....¿ Qué eran sus afecciones, qué sus placeres, su existencia misma, ante la grandeza, ante la armonía y hermosura del mundo moral ? Los seres humanos y especialmente la mujer, son capaces de los mayores extravíos así como de los actos más gloriosos. La abnegación sobre todo, es propia de

los seres más débiles.

Manuela Quezada, sufrió, sin duda, uno de esos sacudimientos regeneradores, pues que élla salio del templo tranquila, conforme, con menos odio y menos venganza en su corazón: mas, sus oraciones serian aceptadas en el místico altar de la Virgen ?...

XVII

EL HAYANFAILE.

El 28 por la tarde, la casa de don Nicolás de Neira se revolvia y ajitaba en todos sentidos. Padrino del *centro*, tocábale festejar el último día de la *corrida de toros*; y le era preciso poner en actividad su fortuna pecuniaria, su genio y su valer social, á fin de salir avante en el *priostazgo*.

Los cuatro primeros días de la fiesta los habían celebrado, por su orden, los *barrios* de Sansebastián, Samblás, Vado y Todosantos, y el quinto estaba destinado al cuartel central de la ciudad, bien que en éste venían á confundirse, en cierta manera, todos los demás.

El turbulento Sansebastián, había metido mucho ruido al dar principio á los festejos. El ingenioso Samblás había divertido, en extremo, la segunda tarde con nuevas y graciosas invenciones.

El Todosantos había llamado la atención con su lujo y grandeza vulgares. Y, por fin, el Vado, alegre y jocosamente, convirtió la plaza en juegos y chocarrerías chistosas.

Don Nicolás deseaba, aprovechar todos estos elementos de diversión, sin confundirlos; y era su proyecto poner en acción á todos los barrios, manteniendo, siempre, esa rivalidad, que les daba vida y renombre. Con tal objeto comprometió á los cabecillas, para que levantaran á viejos y niños de los más oscuros rincones de la ciudad. Iñiguez, el *ñaguizapa* famoso zapatero del Vado; el curtidor Velazco de San Sebastián, llamado *allcurucu*; Manuel Mora, el *matavaca*, carnicero de Todosantos; y Manuel Armijos, alias, *ozomaqui* tabernero de Samblás, se pusieron á las órdenes de Neira. Los del centro, propiamente dicho, preparaban una gran escaramuza de jóvenes notables.

Para obsequiar á esta pueblada, se preparaban en casa del padrino chichas, llaguanas y confites en abundancia. A eso de las cinco de la tarde, iban reuniéndose las bandas de artesanos con sus respectivas banderas y llevando largas hastas, en cuya extremidad superior, estaban colocados faroles encendidos. A las seis, desfilaron desde la casa del padrino á

la plaza mayor, al toque de los tambores, de las chirimias, de las bosinas y de las dulzainas. Colocáronse los cuatro partidos en los cuatro ángulos de la plaza, y tuvo lugar el primer baile (a) al compaz de la música antedicha y del canto de las siguientes letrillas macarrónicas:

El barrio de Ozomaquí

Janag barrio
Pizhi zhungu
No te metas
Entre cuernos:
Ricunguimi
Caya puncha
Nagüiquiguan
Los infiernos.

El barrio de ñaguizapa.

Hasta upallay
Ura barrio;
Que no vales
Un comino
Ozomaqui-
ta llustizhpa,
Ruraszhunmi
Pergamino.

El barrio de Mutavaca,

(a) Movimiento vertical y acompañado de los faroles.

Muspanguimi
Ñaguizapa,
Sin vergüenza,
Bullanguero.
Allcurucu
Rurangami
Chaquicaras
De tu cuero.

El barrio de Allcurucu.

Anchuy sisu
Matavaca,
Holofernes
Pico é loro.
Pichi valón
Cachuchandi
Callpanguimi
Viendo al toro.

Luego se dirigieron al barrio de las monjas de la Concepción, en donde vivía don Matías de la Calle, que hacía de Corredor, por ausencia del Sr. Dávila y Orduña. Allí, entre los vítores, los silvos y los vivas del populacho, se dió el segundo baile; y regresando la comitiva por San Agustín, y siguiendo la calle recta que se dirige de esta esquina á San Sebastián, fué á terminar el *hayanfaile* en casa de Neira.

EL LAUDATE

Hallábanse dos hombres en la acera opuesta á la iglesia de la Concepción, presenciando los regocijos populares con cierta precaución. Llevaban largas capas de paño púrpura de Sedan y sombreros de fieltro de castor. Terminado el baile, marcharon tras la multitud, á regular distancia, y se entabló entre los dos la siguiente conversacion en francés.

—Estamos de lo lindo. Con estas capas á la española, y estos sombreros á la castellana, ¿quien diablo nos conoce?

¡Oh! Los de la fiesta nos habrán tenido por algún *Don*, porque aqui el *Don* es muy barato.

—En Francia con solo calarnos máscara, habriamos podido pertenecer á la mojiganga. Pero, á este propósito; ¿qué te parecen estos juegos de hayafaile y mojiganga y escaramuza?

—Son, amigo, costumbres moriscas, que han traído los españoles á América. Ah! Nunca he comprendido mejor los efectos de la mezcla de diversas sangres, que en estos tiempos que recorreremos este continente. Cuando estaba en Córdoba y Granada, a-

hora pocos años, me admiraba esa mixtión del carácter español y el mosarabe: y en la actualidad esa admiración llega á su colmo, al observar la reunión de estos dos caracteres con el americano. Ningún fenómeno en la naturaleza es más admirable, más incomprensible y más bello también, que el que produce la mezcla de las razas humanas.

—Oierto, Verguin: todo en esta tierra está impregnado de españolismo, africanismo y americanismo. ¿Te fijaste en los versos que cantaban los *bourgeois* del hayanfaile?

—Apenas los comprendí, porque á mi ver eran una mezclanza de castellano y quichua, mezclanza que caracteriza muy bien el origen de estos pueblos; pero que no me parece conforme á las reglas del arte.... Mas; oyes ese canto en la iglesia de los Agustinos? (a) Cómo me agradan los cantos religiosos, acompañados del órgano y de los violines, que tan bien los tocan aquí.

—Moranville, están cantando lo que llaman un *laudate*; oficios que tienen lugar en la defunción de los niños.

—Y, ¿porqué llaman *laudate*?

—Porque principian con el salmo: *laudate pueri dominum*: alabad niños.

(a) Hoy San Alfonso.

al Señor.

—Aquel es un salmo magnífico. Entremos Vergnín á la iglesia para oírlo mejor y disfrutar de esta función religiosa imponente y conmovedora, después de la farza que venimos de presenciar.

—Bueno, Moranville. Esta noche estoy dispuesto á darte gusto en todo. No sé cómo acabaremos.

Los dos amigos penetraron en el templo, que ofrecía un aspecto fascinador y compungente. Cien bujías, colocadas en el altar principal y en los laterales, producían la vista de un trozo de cielo, iluminado por planetas de fuego. Cerca del altar mayor se había levantado un monumento de brillantes y de flores, en cuya cuspide estaba el cadáver de una niña, coronada con una diadema de oro y diamantes, y colocada entre las imágenes sagradas de Jesús, María y José. Muchas personas rodeaban este monumento, dedicado á la inocente criatura, mientras la Comunidad de religiosos salmodeaba con el coro los sagrados himnos.

Moranville que se había sorprendido demasiado al fijarse en el sarcófago: “Esta es la hija de mi amiga A... dijo á su compañero: permíteme pensar y orar un momento.”

Poniéndose, luego, de hinojos, y a

én.

irrehabándose entre el humo del incienso, la luz de las antorchas y los acordes del canto místico, dejó que divagara su pensamiento por esas regiones que el ojo no ha visto, que el oído no ha oído y que la lengua humana no ha podido expresar. Contemplaba al espíritu, que el día anterior animaba ese pequeño cadáver, engolfándose en los océanos infinitos del paraíso de eternas bienandanzas. Traía a la memoria los cielos poéticos, creaciones de San Agustín, del Dante, del Tasso... y los encontraba muy oscuros, muy reducidos, muy deficientes, respecto de esa gloria preparada por el Salvador para los hijos de la nueva ley. "Hay muchas moradas en la casa de mi Padre: voy a prepararos el lugar," había dicho el divino Maestro á sus escogidos; pero, ¿quién podrá describir esas moradas, ni quién podrá contarlas? Y, ¿en cuál de ellas jugueteaba la hija de A....?

XIX.

EL EPITAFIO.

Salieron del templo Verguin y Moranville, y ajitado, todavía, el último con los pensamientos que le había excitado la muerte de aquella niña: ¿Cómo es que tú, reconvinó al primero,

al Señor.

—Aquel es un salmo magnífico. Entremos Verguin á la iglesia para oírlo mejor y disfrutar de esta función religiosa imponente y conmovedora, después de la farza que venimos de presenciar.

—Bueno, Moranville. Esta noche estoy dispuesto á darte gusto en todo. No sé cómo acabaremos.

Los dos amigos penetraron en el templo, que ofrecía un aspecto fascinador y compungente. Cien bujías, colocadas en el altar principal y en los laterales, producían la vista de un trozo de cielo, iluminado por planetas de fuego. Cerca del altar mayor se había levantado un monumento de brillantes y de flores, en cuya cúspide estaba el cadáver de una niña, coronada con una diadema de oro y diamantes, y colocada entre las imágenes sagradas de Jesús, María y José. Muchas personas rodeaban este monumento, dedicado á la inocente criatura, mientras la Comunidad de religiosos salmódeaba con el coro los sagrados himnos.

Moranville que se había sorprendido demasiado al fijarse en el sarcófago: "Esta es la hija de mi amiga A... dijo á su compañero: permíteme pensar y orar un momento."

Poniéndose, luego, de hinojos, y a
én.

robándose entre el humo del incienso, la luz de las antorchas y losacentos del canto místico, dejó que divagara su pensamiento por esas regiones que el ojo no ha visto, que el oído no ha oído y que la lengua humana no ha podido expresar. Contemplaba al espíritu, que el día anterior animaba ese pequeño cadáver, engolfándose en los océanos infinitos del paraíso de eternas bienandanzas. Traía a la memoria los cielos pécicos, creaciones de San Agustín, del Dante, del Tasso... y los encontraba muy oscuros, muy reducidos, muy deficientes, respecto de esa gloria preparada por el Salvador para los hijos de la nueva ley. "Hay muchas moradas en la casa de mi Padre: voy a preparar el lugar," había dicho el divino Maestro á sus escojidos; pero. ¿quien podrá describir esas moradas, ni quien podrá contarlas? Y.¿ en cual de ellas jngeteaba la hija de A?

XIX.

EL EPITAFIO.

Salieron del templo Verguin y Meranville, y ajitado, todavía, el último con los pensamientos que le habia excitado la muerte de aquella niña: ¿Cómo es que tú, reconvino al primero,

101

no me has participado este fatal acontecimiento. ?

—Cuando marchaste antes de ayer á Tarqui, me aseguraste que ya quedaba bien esa criatura. ; Qué tenia que ocuparme más respecto de ella ?

—Así fue; y fijándose en el cadáver, por última vez, desde la puerta de la iglesia, continuó hablando: “ Vedla, hermosa niña, semejante á una azucena cojida ayer. ; Oh! Cuánto diera por tener esa facultad con que Jesús hizo levantar del féretro á la hija de Jairo. Decirle con imperio: *Talitha cumi*; tomarla de la manecita y entregarla á sus padres, ¡ qué dicha !

—Pnés yo no lo hiciera, amigo Moranville. Allá el Cristo sabrá el porqué y para qué de la vida y de la muerte: mas yo, hacer regresar á una criatura inocente del camino del cielo: nó, eso nó....

—; Ah! Es que tú no has visto el deconsuelo de esa madre, que gime y se desespera por haber envenenado á su propia hija, no obstante que el acto es puramente material.

—Y, díme: ; de qué manera ha ocurrido esa muerte ?

—La chiquita estaba atacada de dispepsia, ó no se que otra enfermedad de los intestinos. Seniergues que la curaba con todo afán, quizo admi-

nistrarle bismuto, y como no lo tuviera en su botiquín, mandó pedirlo á aquel betlemita, que despacha sus drogas en el hospital, que está á cargo de esta Comunidad. El fraile, ó no comprendió la receta, ó se equivocó, y despachó otros polvos cargados de opio.

—Y la madre, tu exelente y bella amiga, le administró el tósigo á la niñita?

—Por su puesto: es lo que ella debia de hacer.—Pocos minutos después se presentaron los síntomas del envenenamiento. Acudió Seniergues, descubrió la equivocación, aplicó á la paciente algunos antidotos, pero, ya vez, todo ha sido ineficaz.

—Que casualidad tan lamentable. He ahí un suceso, que aumentará la aprensión que tienen en estos países á los médicos y á las medicinas de botica. Pero, en fin, volvamos á nuestra posada, que es tarde ya.

—Sí; y tanto más lo deseo, cuanto que esta misma noche proyecto arreglar un epitafio, para obsequiarlo á mi amiga.

Sentado Moranville junto á una mesa, á la luz de una pequeña lámpara de aceite, dejaba correr la pluma á impulsos de su dolorido corazón y de su acalorada fantasía.

“Brillaste en el mundo, niña que

rída como esas estrellas transitorias, y como ellas desapareciste.”

“Tus hermosos ojos se abrieron á la vida, como las puertas del oriente á la venida del sol; mas, no era bastante el astro del día, para iluminar su iris refulgente; y los cerrastes, para recibir la irradiación del sol eterno de justicia y de verdad”.

“En un jardín de pocas, pero fragantes y vistosas flores, se paseaba tu amorosa madre, en una fúlgida tarde de verano”.

“Me senté en sus brazos y estrechébale contra su amoroso seno”.

“Te vió, entonces, un Angel, que no tenia compañero en el cielo, y se enamoró de ti”.

“Bajó al jardín, apartó tu boca del pecho de tu madre, arrancó una adormidera y aplicó su lechoso tallo a tus rientes labios”.

“Tú saboreaste la soporífera savia, y caíste en blando y lento sueño”.

“Cinco días pasaron. Tu amante te preparó la entrada triunfal en las moradas eternas”.

“Y, por fin, despertaste en los jardines de la Jerusalén celestial”.

XX.

LA PLAZA DE TOROS.

La plazuela de San Sebastian, con-

vertida en un pequeño circo, ofrecía un aspecto animado, pero un tanto ridículo y semisalvaje, Rodeada de palcos de dos y tres pisos designales, adornados con toldas y sobrecamas, y cubiertos de paja silvestre, semejaba una porción de cosas americanas, aglomeradas unas sobre otras, en risible desorden.

En el centro, y quedando al medio una cruz de jaspe de Tarqui, estaba formado un pedestal de barrotes en forma de cono truncado. En sus peldaños acomodábanse los muchachos y otros espectadores plebevos, y en la base superior, los músicos, indios y los coheteros.

Hacia el medio de la barrera occidental, veíase el *tablado real*, y allí las sillas de estilo para el Justicia mayor, los Regidores y Alcaldes. El retrato de Felipe V, bajo un docel de damasco púrpura presidía en éste honorífico palco.

Por mucha consideración y grandes distinciones, se habían construido en los extremos del *tablado real*, otros dos, también de honor. A la derecha el del Gran Vicario eclesiástico, en el cual lucía la sagrada imagen de Nuestra Señora de las Nieves, patrona de las fiestas; y a la izquierda el de los académicos franceses con el escudo y armas de Francia.

Eran las doce del día 29 y cuatro ca

ñonazos de á 24, disparados en la *casa de la polbora*, situada en la colina de Culca, que domina la ciudad, á la vez que un repique general de campanas, anunciaron el principio de la fiesta. Hombres y mujeres de toda edad, acudían al sitio desde todos los ángulos de la ciudad; y como fuese el último día de la *corrida*, se empeñaba todo el mundo en concurrir á la fiesta. La—Condámíne refiere, que habja más de cuatro mil personas en aquel reducido anfiteatro. ¿Cuál no sería el movimiento, cual el bullicio, cual la variedad de tantos actores y de tantos espectadores de ese drama medio bárbaro, pero sublime, en que confundidos la nobleza y la plebe, apuraban la copa del placer? Y, en qué época? Tiempos de dominación basolita, de paz octaviana, de caracteres novelescos, de imaginación de niños.....

A eso de las dos de la tarde, apareció en su lujoso palco, la joven Serrano. — Acompañabale Teresa León, hija primogénita de don Gregorio de León. Entonces, como a hora, las juvenes cuencanas eran generalmente bellas, bien que su belleza no era por el orden de la de Rosario. Hasta cierto punto, esta señora era una escepción en la sociedad de aquel tiempo. Tocaba el salterio y la

vihuela, y cantaba con buen gusto, de manera que la naturaleza la habia predispuesto para el ejercicio de esta arte encantadora. Su cuerpo ligero y esbelto, semejaba, mas bien, una creacion de la fantasia, que una obra material: sus manos finas y delicadas, que revelaban la nobleza de su sangre, parecian dispuestas siempre á pulsar la lira; y su boca desdeñosa y entreabierta, a modular los acentos más conmovedores: sus ojos grandes, pero sumidos en órbitas muy marcadas, estaban constantemente candentes, irradiando el fuego intenso de su espíritu. En aquel día, vestía un peto de seda azul celeste, bordado con perlas de buen oriente; y un faldellin corto de raso de la China color de oro, galoneado de plata, que la presentaba como una masa de los tiempos griegos. Cargaba pulseiras de fino coral y otros adornos brillantes, pero sencillos, apartándose asi de los usos dominantes.

Su prima política, compañera de palco, hermosa mujer, que frisaba en los diez y seis años de edad, no lucia toda su belleza, á causa del encojimiento natural de las doncellas de entonces. Era un angel entre vellos, ó un planeta entre nubes. Medido retraida, sólo se presentaba en

público, cuando se le llamaba la atención personalmente, ó cuando algún suceso especial excitaba su curiosidad. Casi en frente, levantábase el tablado de Manuela Quezada, quien, en ese día, ostentaba toda la desenvoltura de su posición, y todo el lujo de su clase. A lado de esta mujer, no podía por menos, que respirarse el ambiente del amor, y de sus frivolidades sensuales, al contrario de lo que sucedía cerca de Rosario Serrano. Junto á esa joven, todo hombre se extasiaba en fuerza de la intuición clara, armónica, sorprendente que producía en los cuantos la rodeaban; mientras que bajo la influencia de la Quezada, era la sensibilidad la que se excitaba, y sumíase uno en el placer corpóreo. La una hacia entrever el cielo con todas sus divinas armonías: la otra ponía en realce, patentizaba, hacia sensibles todos los alhagos, todos los encantos del mundo físico. La Quezada tenía á su lado á María Mora, llamada la *P. tilinda*, amiga de toda su confianza: esta mujer de la clase media ostentaba más de lo que poseía en bellezas naturales, en fortuna, y en valer social. Sentaba la plaza de joven codiciada, querida, preferida á muchas señoras

de la alta clase. Hacia alarde de ser descendiente de un noble español, que en tiempos anteriores habia pasado por estos reinos con una comision real.

—Medio cubierto abpor lasi coflinas del palco, se dejaba ver retucimujano Seniergues, conversando con Manuella, en terminos de rreses, en un estilo breve, con miradas ardientes y ademanes varios. — Teresa Leon, que habia dividido al medico frances, dijo oia spr con pañera: —

— Rosario, ve al frances en medio de la *Custina* y de la *Patibunda* — Ojerto, que habia sefencia: presentarse asi en publico.

—Seguramente, las trajo del brazo. Qué lastima; no habes venido para gustar, es un tribu —

—No te fijes, Teresa, llastenda desentendida: te aseguro que se ocupan en nosotras.

—Y, qué tienen que decir de nosotras esas *ghobas* —

—A quien quiere mudarar, no le falta que decir. En fin, contraigimonos a la fiesta. Oigo al boroto ha de ser la mojiganga. —

XXI.

LA ENTREGA DE LA PLAZA.

Por la entrada oriental del circo, penetraron en pelotón multitud de indios y mestizos de las afueras de la ciudad, disfrazados con vestidos viejos y sucios, eumascarados unos y teñidos otros la cara con diversos colores, gesticulando todos y hablando expresiones extrañas é incoherentes: rodearon la plaza tañiendo instrumentos inútiles ó aparentes, y haciendo las mujeres el ademán de barrerla con sus polleras y con escobas.

Anuncióse, en seguida, la *gran entrada* del padrino. Presedíanla los capeadores, venidos de la belicosa parroquia de Cañar, los que con una manta al hombro y una pequeña pica á la mano, eran los protagonistas de la lúdia con las fieras. Una carrosa tirada por cuatro esclavos etiopes, rodaba, conduciendo á la Loa; papel que desempeñaba un hijo menor del mismo padrino, ricamente vestido de ángel, por el estilo de los serafines de Rafael. Seguían los de la *escaramuza*, trayendo al Reto á su cabeza: era este un hombre ves-

tido como los antiguos caballeros, un verdadero Don Quijote; pero, que en vez de Rosinante, cabalgaba un grande y brioso alazán, completamente enjaezado con adornos de piezas de plata reluciente, y cubierta la montura con una gualdrapa de paño azul, bordada á cañutillo, también de plata, y cuyas extremidades posteriores barrián el suelo con borlas flamantes. Seguían los acompañantes á caballo, y cerraba el padrino la comitiva, trayendo detrás la música de oboes, violines, flautas, atamboras y otros instrumentos de percusión.

Don Nicolás de Neira, colocado entre el Alcalde Serrano y el General Don Pedro Elisalde, con el sombrero bajo el brazo, dió una vuelta á la plaza, en el orden dicho, saludando á los asistentes de los palcos y recibiendo las manifestaciones de afecto y de admiración, que le tributaban. Las señoras arrojaban á su paso aguas perfumadas, flores y colaciones. De algunos tablados regaban, también, monedas de plata: mas, Rosario Serrano es la que se distinguió en esta ovación. Habia notado que del palco de la Quezada, ninguna demostración se hizo á Don Nicolás, y que, por el contrario, se cerraron las cortinas á su paso. Este ultraje al héroe de la fiesta, la exas-

peró demasiado y trató de repararlo; así que, tomó una gran bandeja de plata, llena de dinero, y procurando hacerse notar, la arrojó al pueblo. Su actitud, en esos momentos, era soberana: su belleza había tomado un realce especial con los tintes brotados de la nobleza ofendida: parecía el Genio de las fiestas. Un ¡viva! general, y prolongado, correspondió a este acto de generosa grandeza: el acompañamiento detuvo la marcha, la saludó y pasó.

Concluida la *entrega de la plaza*, la Loa pronunció sus alabanzas, en verso octosilavo, ante la estatua de Nuestra Señora de las Nieves; y luego, el *Reto*, abriéndose a la plaza y haciendo evoluciones mil, dirigió sus invectivas y provocaciones á todos los *barríos* y a sus cabecillas, incitándoles á lidiar con los toros. La *escaramuza* dió, entonces, principio a sus juegos, contrayendo mucho la atención, durante una media hora larga.

XXII.

LOS CAPEADORES.

—Qué al te ha parecido la escaramusa decía una vieja, masticando

sus torrijas, á una moza grueza y colrada, que freía empanadas detras de la *cungha* (d)

—Muy linda, mamá Juliana: esto sí, que es *castilla cosa*. (e)

—Y, ¿cuantos toros habrá de matanza?

—Dicen que tres ó cuatro. ¡oh! Don Nicolás es muy portado: ya se ve, tiene plata: y ahora que estan aquí esos caballeros estriaños, ha de querer echar el resto.

—Sí; por eso habrían venido hoy dia todos los *gabachos*. Qué te parece, Dominga?

—Talvez; pero, yo no veo allí, en el tablado de ellos, al curandero, á ese que ayer casi *dieque* mató á Don Diego.

—Es que está con la *Çusinga*. ¿No lo habías advertido? Vele.... Pero, ahí sale el toro, y encolchado: qué bonito

Los capeadores puestos en hilera, recibieron á la fiera que, como un relámpago, caracoleando lijera.mente, iba atacándolos uno á uno. Pasada la

(d) cerca ó barrera, que circunda la plaza de toros.

(e) frase con que el vulgo denotaba, que una cosa era excelente, como que procedía de la península ibérica.

primera embestida, volvieron á recibirlo, colocados en ángulos; de manera que el toro tuviera que hacer un zigzag, y presentara ya el un costado, ya el otro del cuerpo; y e pusiera en situación de amarrar la cola. El tercer torero, Guillermo Montero, mozo de grande estatura y diestro capeador, consiguió arrebatarse la codiciada prenda. Dejando que sus compañeros continuasen lidiando la bestia, y con ademán airoso, se dirigió á la barrera, hácia el lugar donde estaba su novia; y presentándole el trofeo, le dijo con la galantería de que era capaz: "He cumplido mi palabra, doncella María; ya tenemos con que tapar nuestro matrimonio".—"Yo agradezco sus finezas, contestó la dama campesina: mas, no se descuide, que allí sale otro encolchado".

Mientras Montero giró sobre sus talones con la advertencia de su promesa, ya el segundo toro había recorrido toda la hilera de capeadores, sin que ninguno de ellos hubiera podido ni tocar el hermoso pañolón de seda amarilla, que cubria sus lomos. Guillermo lo provocó con silvos y gritos, sacudiendo su manta roja, y consiguió que la fiera, distrayéndose de los otros torreadores, se vuela contra él, con toda la furia de que era

capaz. Dos lances tuvo que sacarle, sin atreverse á tocar el pañolón: mas, al tercero le arrojó la manta por la cara, y casi sin pisar el suelo, como una ave que se posara sobre el animal, arrebatóle la preciosa colcha, dejando rabiosos á sus compañeros, y arrancando gritos de entusiasmo de todos los espectadores.

—Muchos sustos he pasado decía Jusieu á Moraville, en francés. Vaya! que el aldeano aquel, que cargo con las mantillas, es un mozo arrojado y muy listo.

—Ciertamente, amigo mio, este juego conmueve, entusiasma; pero es bárbaro. ¿Porqué lo conservará un gobierno ilustrado, como el de España?

—Porque á los pueblos hay necesidad de entretenerlos, especialmente á los pueblos conquistados; y nada más á propósito que esta clase de diversiones, que alhagan la fantasia, sin mejorar las ideas, y que dan pábulo al corazón, sin suavisar los sentimientos.

—Pero una medida tal ni es humanitaria, ni es política. Los pueblos se conservarán, no hay duda, en el servilismo, la hipocrecia y la superstición: mas, qué gloria, ni qué ventajas puede reportar de esto la monarquía? Cuanto más no le valdria di-

fundir las luces, cimentar los buenos principios é introducir las costumbres laudables por medio de buenas escuelas, de teatros bien montados, de periódicos abundantes ?

—Qué estas soñando, Moranville ? Periódicos aquí, en donde solo está permitido publicar la *Cartilla* del P. Ripalda ? Teatro, ¡ ah, teatro ! Ya estas viendo el teatro que se ha levantado en estos países. Cuántos siglos piensas que se necesitan para demolerlos y sustituirlos con los teatros civilizadores ? Mira esa Santa Virgen, que tienes en el palco del Gran Vicario: ella no puede caer de su trono; y como este trono se ha levantado en las plazas de toros, en las casas de titeres y saltimbaquis; y como se la hace presidir á esta Reina las orjias y las *fiestas reales*, suponte, qué de revoluciones políticas, religiosas y sociales no serán necesarias para cambiar estas ideas y variar estas costumbres ? Ahora, si hablamos de enseñanza pública, ¡ oh ! escó sí, que raya en la fatuidad, en los desvarios más extravagantes. Toda doctrina se entiende por acá al revez de la razón. ¿ No has asistido á los sermones que se han predicado en estos dias, allí en esa iglesia ? ¿ No te has fijado en la forma, y modo, como los curas adoctrinan á

los pobres indios? No has observado el genero de instrucción que se dá en las escuelas primarias? . . . Pues bien, todo esto cuando se podrá corregir? Si alguno levanta la voz, morirá al punto como hereje, como enemigo del Rey u otra cosa peor.

—A sí es, Juscieu. Ahora mismo, varias personas sensatas trataron obsequiarnos con una representación dramática, y apelaron á los Autos Sacramentales del insigne Calderón de la Barca. Habian escojido el *Psiquis* y *Cupido*; pero como se objetase de que esta composición era muy erótica, se propusieron representar *El primero y segundo Isac*: mas, de ningún modo pudo salvarse el inconveniente de reunir en un mismo local hombres y mujeres; nuestros amigos tuvieron que renunciar su proyecto.

—Debieron representar en una iglesia. El drama aquel es muy religioso; y ya ves, que en las iglesias nos reunimos ambas ramas del linaje humano.

En esto: dos máscaras habian penetrado en la plaza por puntos opuestos, disfrazados de *caballeros andantes*. Finjieron reconocerse como competidores, galantes de una misma dama, y arrancando con furor las espadas, se atacaron al punto. Senier-

gues no advirtió la pantomima; y como hubiese reconocido en el un máscara á Francisco Quezada, por una capita de escarlata que le habia prestado, descendió, precipitadamente del palco, creyendo que el combate era real, y se interpuso entre los supuestos adversarios con espada en mano. Quezada se apresuró en sacarle de su equivocación; pero Seniergues llevado de la vivacidad de su genio, ya habia repantido algunos tajos y levantado una polvareda. Sosegado, empero, regresó á lado de Manuela.

Don Nicolás de Neira se dió por ofendido con este incidente: 1.º porque se habia interrumpido la fiesta y ocasionádose una alarma y disgusto general; y 2.º porque entendia que Seniergues le habia inculpado el suceso. Montado en ira se dirigió al palco donde estaba este caballero; y en terminos muy descomedidos le impuso; que si continuaba introduciendo el desorden y distrayendo la atención pública con sus desmanes, acudiría á la justicia para contenerlo, y aun á sus propias fuerzas. Seniergues le volvió las espaldas, no contestándole, sino con un gesto despreciativo. Entonces Neira se dirigió al *tablado real*, y espuso su queja al Sr. de la Calle, protestando que, si el

pueblo se amotinaba y trataba tomar venganza por sí mismo, él no respondería de los resultados. El Corregidor apeó á los S.S. Jorge Juan y La—Condámine, á fin de que arreglaran tal contratiempo; y estos S.S. después de entenderse con Seniergues, por medio de don Miguel de Mora, aseguraron al Sr. Calle, que nada tenía que recelar, porque todo motivo de disensión había desaparecido.

XXIII.

EL TUMULTO.

Cuando las autoridades, los académicos y otras personas respetables creyeron restablecido completamente el orden público, y esperaban con ansiedad la continuación de los regocijos, notaron con grande sorpresa, que un pelotón de trecientos á cuatrocientos individuos armados invadía la plaza, gritando: ¡“Viva el Rei: muera el mal gobierno”! El Teniente de Corregidor, saltó de su palco á la plaza, y tomando la espada de un matachín, se dirigió á la puerta por donde entraba el tumulto. Colocado allí, hizo los mayores esfuerzos por contener la asonada, ya con ruegos, ya con amenazas: ~~pero~~ todo fue inú-

til, y el noble caballero tuvo que ceder al empuje de las turbas frenéticas, y abandonar el campo a ese torrente devastador, que se llama *tumulto popular*. El pueblo, sí, el pueblo, semejante al agua, semejante al aire, semejante a la electricidad, permanece en la quietud más insensible, en la inacción más estúpida, en la sujeción más servil; pero, ¡ay del instante en que pierde el equilibrio, en que sus fuerzas latentes se ponen en acción! Entonces aparece la tempestad, entonces viene el huracán, entonces estalla el rayo; y, luego, el cataclismo social ofrece el trastorno, la corrupción, la muerte!...

Dirigióse la turba, sin reparo alguno, al tablado donde se hallaba Seniergues, quien notando la brusca acometida, se arrojó á la plaza, espada en mano. Haciendo frente á las turbas, resguardado por la barrera, y multiplicándose prodijiosamente, se defendía con el arma blanca, y amenazaba con una pistola montada, que tenía en la mano izquierda. El Alcalde Serrano, abriéndose paso entre la multitud con su caballo, y acompañado de Neira, se acercó lo bastante al cirujano, y le dijo: "En nombre de ambas Majestades, la ca-

tólica y la cristianísima, os prevengo que soltéis las armas y os déis preso." Seniergues a penas pudo contestarle en medio de la refriega: "¡Asesino cobarde!" y desherrajo sobre él la pistola, que no hizo fuego. Entonces el Alcalde exclamó: "A qui del Rey: favor á la justicia;" y ordenó que lo desarmen y aprisionen.

El francés, no obstante, tenia á raya á toda aquella plebe, que no se atrevía á ponerse al alcance de su espada, hasta que acertaron á darle con una piedra en el brazo, y consiguieron que soltara el arma. Seniergues, entonces, intentó salvar la barrera, defendiéndose solo con la pistola; mas, Nagüizapa le dió un rejonazo en el costado y Alleuruco un garrotazo en la cabeza. "Dejadme, decia un hombre rechoncho con el cabello erizado; dejadme que yo le agarre y acabe con este brujo;" y ladeando á todos, consiguió Matavaca ponerse al alcance del acometido, que trastavi'llando procuraba entrar en la casa de Tomás Melgar, que estaba situada en la banda occidental de la plazoleta, detrás del tablado real; y dióle tal pezcósón con su áspera y nervuda mano, que Seniergues fue rodando á caer exánime en el patio

de la casa.

El Sr. de la Calle, el Alcalde Palacios Cevallos, don Sebastian de la Madriz y otros buenos ciudadanos, que se habian interpuesto entre la desaforada multitud y el extranjero acometido, consiguieron cerrar las puertas de aquella habitación y colocar en un lecho al paciente. Juscién, que era el único de la Compañía académica, que habia podido mezclarse entre el tumulto, y acudir al socorro de su compañero, lo desvistió con mano temblorosa y se contrajo á examinar las heridas. Una que tenia cerca del estómago y que parecía hecha con *verdugillo*, le alarmó demasiado, y perdió el color. El paciente que notó la turbación de su amigo, y que, por otra parte, conocia, como médico, lo mal parado que estaba: "Perdido soy, amigo mio, exclamó: ya que no es posible curar el cuerpo, salvemos el alma.

—Qué deseas, le preguntó Juscién.

—Un confesor: al P. Rector de los Jesuitas, le contestó.

XXIV.

LA DESPEDIDA.

Entre los dos amigos pasó, entonces, una de esas escenas indescriptibles, uno de aquellos actos raros en la vida: el ¡á Dios! consentido pero mudo, expresado solo con lágrimas, que en vano se trata de contenerlas. El amado que se va y el amado que se queda, son dos viajeros que, colocados en las extremidades del mundo, entre el tiempo y la eternidad, se dan el tierno abrazo de la despedida de ultra tumba. No hay duda, que el uno seguiría al otro, si solo atendiera los impulsos de su corazón; pero, la naturaleza lo impide y la religión lo prohíbe. ¡Qué situación tan horrorosa! Separarse dos seres inteligentes y sensibles, rompiendo los lazos forjados en la fragua del mutuo amor?

Juscien y Seniergues se dirijieron una mirada; mas no una mirada cualquiera, sino una de esas que contienen pensamientos más grandes que los libros de los filósofos y sentimientos más profundos que los cantos de los poetas. Morir en tierra extranjera, lejos del halago de la familia íntima, sin recibir la bendición pater

na: morir tan joven, llevando al sepulcro muchas flores en boton, y eclipsarse como el sol en la mitad del cielo: todo esto, y otras cosas que solo se ven á la luz crepuscular del anoche ser de la vida, contenía aquella mirada. Juscién la recibió íntegra, haciendo interiormente el voto de llevarla á Bonaville, al hogar de su amigo. Luego, temiendo que peligrase la vida de este, y como se hallase presente el presbítero José Sánchez de Orellana, Comisario del Santo Oficio: "Juan, le dijo al moribundo: aquí tienes un sacerdote; talvez el P. Rector dilate en venir" "Así es, contestó Seniergues; todo sacerdote es sacerdote: que salga la gente."

Entre tanto, la asonada con tambor batiente, habíase dirigido á la plaza mayor, al grito de ¡viva el Rey mnera el mal gobierno! Envano el Teniente general, don Manuel de Astudillo, trató dispersarla, publicando en altas voces un bando de *buen gobierno*: la muchedumbre rabiosa siempre, acometió á Bouguer, La Condámine, Verguin y otros miembros de la Compañía, que bajaban á la casa de su alojamiento. Tuvieron estos S.S. que refugiarse en la casa del cura de la Matriz, Don Gregorio Vicuña, situada al frente de la iglesia de la Compañía.

ña de Jesús. La pueblada, sin respetar nada, ni á nadie, los acometió hasta dentro de la casa; y á no ser por los Jesuitas Herse y Félix Moreno, que arrojando todo peligro, hicieron frente y repelieron á la desenfrenada multitud, ésta habría consumado mas de un crimen horroroso.

Cuando se hubo conseguido apaciguar y disolver al populacho, se trasladó á Saniergues á la misma casa del cura Vicuña, en donde recibió toda clase de auxilios y se preparó para la muerte.

No pasaré por alto una parte del relato de un testigo presencial de estos acontecimientos, que al referir lo ocurrido en Sansebastián, se expresa así: "Quise sosegar el tumulto y bulla, y no pude, por hallarme solo y ser mucha la gente; y los jueces que ahí se hallaron que fueron don Joseph Rada, Alcalde ordinario, se escondió, y don Manuel de Astudillo, Teniente general, se huyó; y estando lidiando con dicha bulla muy fatigado y conturbado sin poderlos sosegar, antes á mí me agarraban y metían entre la bulla, cuando ví que habían sacado al Señor de cielos y tierra á la plazuela, y cojiendo el guión dimos la vuelta con ese soberano Señor sacramentado; y entonces sosegó la bulla de que di infinitas

gracias á Dios y lo fuimos a encerrar en la iglesia: y de ahí me paré en la puerta de ella, cuando se esparció una voz de entre la gente que decía, que los franceses venían armados con bocas de fuego, en defensa del herido, y esta voz la reparó, según he sabido de cierto, uno de los criados de los mismos franceses, y luego que lo oyeron se abrotaron mucho más que de antes, sin poder contener; yo dé ver que no podía hacer nada no me quize mover de la puerta de dicha iglesia y por haber enviado á buscar un escribano, y entonces fue cuando las mujeres de oír la dicha voz, que se repetía muchas veces se botaban de los tabladós dándose grandes caídas y golpes, y las preñadas abortando, y se guardaban dentro de la iglesia, donde con la mucholumbre casi se abogaban y por providencia divina no sucedieron muchas muertes”.

XXV.

LA CONFESIÓN SACRAMENTAL.

Eran las tres de la mañana del día tres de Setiembre de 1739. Un P. Jesuita salía á esa hora, en dirección al colegio, de la casa situada al frente de la iglesia de la Compañía.

Una mujer que se hallaba entre las pilastras de la portada de este templo, reconoció al religioso entre las sombras de la noche, y saliéndole al encuentro, le dijo en tono breve.

—Señor; cómo está el enfermo?

—Bien, muy bien.

—Entonces, vivirá Padre mio?

—Vivirá, hija mia, sí, vivirá eternamente.

Esta última palabra cayó como una montaña sobre aquella mujer.

Iba á doblegarse y acaso á perecer bajo su enorme peso: mas, advirtiéndolo el P. Félix Moreno, que era el interlocutor, la sostuvo por los brazos, y con voz grave é imperiosa, le dijo: "Qué es esto doña Manuela? ¡Valor y resignación!"

Entonces, por uno de esos cambios súbitos, como la lámpara que al tiempo de extinguirse, recibe aceite, se reanimó la Quezada, é irguiéndose, y desafiando al dolor y á la adversidad: "Qué debo hacer, padre mio, exclamó."

—Reconciliarse con Dios, pedirle perdón de tantos escándalos, y someterse á su divina voluntad.

—Estoy en vuestras manos, señor.

—Pues, bien: dentro de una hora celebraré misa por el eterno descanso del alma de don Juan; y después, po-

drá Ud. verme en el confesonario.

—Mandad, señor, que me abran las puertas de la iglesia.

—Id en paz.

Lo que pasó entre Dios y esa mujer arrepentida, quién podrá decirlo? La vuelta de la oveja descarriada al redil del buen pastor, es la fiesta mas solemne de los cielos.

Mamuela Quezada quería arrojar en la piscina del templo todos los malos roedores de su pecho; y con tal propósito, recorría en su mente todo lo que día á día, hora por hora, habia conversado, y todo lo que habia ocurrido desde su primera entrevista con Seniergues. Fijándose en la última tarde, que asistieron juntos á la corrida de toros, recordaba que su compañero de palco, al tiempo que fué acometido por el populacho, le hablaba de un viaje á Francia, pintándole las bellezas naturales y artísticas que allí podria observar, y con las que podria deleitarse: tenía muy presente el cariño, el afán, el delirio con que la provocaba á dar ese paseo por Europa, abriéndole el camino de cielos y otros cielos, que en su ardorosa imaginación fraguaba: le habia hecho, también, concebir la li sonjera esperanza de casarse con ella, allá lejos de las murmuraciones de una sociedad mezquina, reducida y

poco civilizada, como era la de Cuenca; y sumida la sencilla mujer en estos desvarios del amor y de la cándida credulidad, había venido á despertar, como de un ensueño, a los bordes de un sepulcro, que se tragaba todas sus ilusiones. Recordando las frases: *felicidad completa, amor eterno, éxtasis divino*, y otras semejantes que abundaron en aquellos coloquios:—“Palabras proféticas, decía para sí, que fueron pronunciadas según la carne y el mundo, y que serían cumplidas según el espíritu y la eternidad.” “¡Ah! y por qué no? El ha muerto como todo un cristiano, y estará esperándome en las mansiones del cielo: yo debo seguirle: ¿qué otra cosa tengo que hacer en esta vida, sino purificarme, morir de amor y de dolor, é irme á reunir con aquel que es mi dueño, mi amante, mi todo”?... .

XXVI.

LA FE DE MUERTO.

Eran las diez de la mañana del mismo día tres de Setiembre de 1739.

El Justicia mayor, don Matías Dávila, asociado de muchas personas, se constituyó en la casa donde había fallecido Seniergues; y de pié delan-

te del cadáver; “ Señor escribano, dijo, dirigiéndose á don Vicente Antonio de Arizaga, leed el auto.”

El actuario leyó: [g]

“En la ciudad de Cuenca, en 3 dias del mes de setiembre de 1739 años: el Señor General don Matias Dávila y Orduña, Correjidor y Justicia mayor en élla y su jurisdicción por su Majestad.—Dijo: que por cuanto heidia de la fecha le han dado noticia á su Merced cómo falleció y pasó de esta presente vida á la otra don Juan Seniergues, cirujano de la real compañía de los S.S. académicos de Francia que residen en esta dicha ciudad, como á las diez y media de la noche de ayer, otorgando su memoria de testamento por lo cual pasó su *Merced* á las *casas* donde *moraba* el *susodicho* y reconoció el cuerpo difunto. Y para que aseguren los bienes que hubieren quedado del *susodicho* con beneficio de inventario, mandó se le notifique al albaceá ó albaceas de dicho difunto para que se hallen presentes al acto de dicho inventario, para que por él esegurados los pueda y deba haber con derecho. Y el presente escribano público ante todas cosas pase a dichas *casas* y reconozca el cuerpo de dicho difunto y ponga por

(g) Tomado textualmente de la causa mortuoria

fé, y *fecho* se proceda á las demás diligencias que convengan en justicia

Así lo preveyó y firmó en este papel comun por falta notoria que hai del sellado.—Don Matías Dávila. Ante mi, Vicente Antonio de Arizaga, escribano público.”

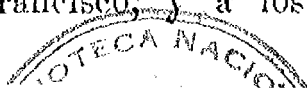
Concluida la lectura: dad fe, dijo el Correjidor al escribano, de que ha muerto.

Luego el actuario, encarándose con el cadáver, llamó en voz alta: “Señor Capitán don Juan Seniergues? Sor. Capitan don Juan Seniergues? Sor. Capitan don Juan Seniergues? Y como no hubiese respuesta, volviéndose al Justicia mayor, dijo: “Señor, está muerto.”

—Pues, sentad la diligencia.

El Señor Arizaga, tomando la pluma, escribió:

“Yo don Vicente Antonio de Arizaga escribano público del número de esta ciudad de Cuenca y vecino de ella, en cumplimiento del auto de suso en la manera que puedo y debo por derecho, á los S.S. que la presente vieren, certifico, doi fe y veo (habiendo pasado á las casas don de moraba don Juan Seniergues) un cuerpo al parecer muerto, tendido sobre un estralo con su alfombra, amortajado con el habito de nuestro P. san Francisco, y á los lados con



cuatro velas de cera de Castilla de á libra, encendidas en sus candeleros de plata, y cuatro cirios de cera de la tierra, así mismo encendidos y puestos en sus hacheros de palo. Y preguntándoles á los circunstantes que si aquel era el cadáver de dicho don Juan, me respondieron que sí, á quien en vida le conocí, traté y comuniqué. Y para que de ello conste, doi la presente, y en fe de ello lo firmo en la ciudad de Cuenca, en tres dias del mes de Setiembre de mil setecientos treinta y nueve, en este papel comun por notoria falta del de todos sellos.—Vicente Antonio Arizaga, escribano público.”

XXVII

REMINISCENCIAS.

Concluida la lectura, dijo el Dor. Cifuentes: aqui debia terminar mi relación; pero en los apuntamientos del P. Moreno se encuentran algunos particulares, relativos á los últimos momentos de nuestro héroe, que merecen leerse textualmente. Presadme S.S. algun tiempo más de atención: y leyó:

“Pasamos la primera noche rodeando la cama del enfermo, y esperando su fallecimiento á cada instante.

“Seniergues manifestó mucho deseo de hacer testamento; pero no se encontraba escribano, á causa de que todo el mundo se habia ocultado con el susto y el temor de ser inculpado; y ni el mal estado del moribundo daba lugar á la facción de este documento.

“Solo pudo otorgar un poder ante el Alcalde don Josef de Rada y Alvarado y algunos testigos, dando facultad á M. M. Juscieu y La Condamine, para que testaran por él.

“Con este motivo, Mr. Juscieu pasó toda la noche apuntando las instrucciones que poco á poco y á largos intervalos de tiempo, iba dándole el moribundo. Parecíame un arbol tronchado, que destilaba gota á gota la sabia abundante, que pocas horas antes contenia en sus robustos vasos.

“La noche era demas lóbrega y triste: no se oía el menor ruido en la calle: creo que todos los habitantes de la ciudad, contenian la respiración.

“El P. Rector, los S.S. de la Compañia académica, tres ó cuatro sujetos del lugar y yo, sentados y cabibajos, sin atrevernos á girir una palabra, ni una mirada esperabamos el instante supremo de la muerte. Los sacerdotes recabamos ce cuando en cuando, y en voz baja, las

oraciones de los agonizantes.

“ En ciertos momentos parecía Seniergues muerto completamente; de modo que temblando me acercaba al lecho y entonces una ligera é imperceptible respiración me hacia conocer que aun vivía: mas de repente reanimaba y llamaba á uno de sus compañeros. Entonces tenia lugar alguna escena tristísima: ya recomendaba un ¡ Adios! ó un abrazo, para algun amigo ausente: ya pedia perdón de algun acto violento, ya encargaba á sus padres y á su familia: ya, en fin, suplicaba á todos nosotros, que nos interesáramos en que no se persiga á sus enemigos y asesinos, asi como él los perdonaba de corazón; ¡ oh! que hermosa y qué patética es la muerte de un verdadero cristiano-

“ Cuando el reloj dió las cinco de la mañana, el P. Rector nos hizo señas para que nos arrodillemos á recitar la salutacion angélica. Temiendo don Jorge Juan causar molestia al enfermo, nos indicó que saliéramos al corredor; pero Seniergues lo advirtió y escitado por la devoción, y reanimado, acaso, con el aliento de la naturaleza que despertaba, se incorporó y nos dijo con voz fuerte: “ SS ¿ porqué quereis privarme de que alabe á Dios y salude á la Virgen en el ultimo dia de mi vida ?

“No tal, le contestó el Sr. Ulloa podemos elevar al cielo juntos nuestras oraciones.”

“Que abran las puertas, ordenó el enfermo; y así como la luz crepuscular inundó la pieza: ¡ahí! exclamó yo pensé amanecer en el cielo: Dios no lo ha querido: veré el nuevo día saludaré al Señor; y me pondré en sus manos.”

“La 2^a y 3^a noche las pasamos con más pena y tormentos de espíritu pero con menos agitaciones corporales. El paciente había dado todas sus disposiciones, hasta las más municiosas, como consta en el testamento; y por otra parte, había caído en una prostración completa con la calentura de la gangrena que le invadía; de manera que estábamos limitados a velar y orar á su cabecera.

“La 4^a y última noche, esto es, la que transcurrió entre el primero y el dos de Setiembre, fue una noche de dolorosas y profundas meditaciones. El enfermo, desfallecido enteramente ya no era un viviente racional, sino el resto de un ser en que apenas se percibía tal ó cual principio vital. Abrumado por la muerte, solo exhataba algún quejido, cuando conseguía medio libertarse de la presión de aquel feo enemigo.”

“En ese día había llegado el *cajo*.”

de España, esto es la balija del correo peninsular, y traído la noticia de la muerte de tres señoras estimables, paisanas y amigas de don Antonio de Ulloa, ocurridas en días consecutivos: doña Francisca C. doña Josefina S. y doña Carmen P.

“Este joven, se contristó demasiado con la inesperada noticia, y conversando acerca de sus tres importantes compatriotas, decía:

“Los males siempre converjen al foco del dolor, y funden el corazón en un crisol de muy poderosa actividad. ¿Como me hubiera figurado, continuaba; que esta lúgubre noticia hubiese venido á colmar el caliz de amargura que devoro hace tres días?... ”

“Llegó, en esto, el instante supremo, y Seniergues espiró !”

XXVIII

LA SENTENCIA CONDENATORIA.

Concluida la lectura, Amelia que habia guardado el mas profundo silencio, dijo al Dor. Cifuentes: “Interesante y curiosa historia, Sr. Dr; mas yo tengo que molestar á Ud. pidiéndole esplicaciones sobre varios de los hechos referidos.

—Y, yo tambien, saltó Clotilde; desec saber el fin de la Quezada.

—Ninguna razón puedo darles acerca de lo ocurrido con esa joven.

En ninguno de los documentos que he revisado, he podido hallar dato alguno a este respecto; y ni la tradición nos ha conservado nada.

—Nadie más volvería á acordarse de ella; agregó Julio: mujer de la clase media, pobre y deshonrada, la dejarían vivir y morir en la oscuridad.

—Y Serrano y los Nahuizapas y los Allcurucos, que fin tuvieron?

—La Condamine y Juscién los acusaron criminalmente con un vigor y una tenacidad, dignas de amigos verdaderos del finado. Especialmente el primero se mantuvo en Cuenca largo tiempo, ocupado sólo en esta acusación, contrarrestando todos los obstáculos que le oponía una ciudad entera, para la consecución de tan árduo objeto. En abril de 1742 consiguió, por fin, que la Real Audiencia de Quito pronunciara sentencia definitiva, condenando á Neira y Serrano á ocho años de destierro á Valdivia, y á pagar dos mil pesos de multa, cada uno; á Diego de León se le condenó á seis años de destierro y mil pesos de multa; á Nahuizapa se le impuso seis años á la isla de la Piedra, á ración y sin sueldo, y á Allcuruco, á dos años de destierro al castillo de Chagre. Los demás

comprendidos en el motín, quedaron sin castigo; y aun los condenados se burlaron, ya ocultándose, ya aprovechando del favor de las autoridades.

A este proposito les leeré luego, el célebre reconocimiento, que los médicos de esa época hicieron á don Diego de Leon, para que lo escarceáran. Oid, y montemos en seguida, que ya es tarde.

“Don Juan de Idrovo cabeza de Vaca, médico de este ciudad de Cuenca y de su hospital real, á pedimento verbal del capitan don Diego de Leon y Roman, rejidor perpetuo en ella; sobre que se declare el juicio que debe formarse del habitual accidente que padece, segun el informe que me ha hecho dicho señor paciente y los síntomas que he observado, ahora tiempo de dos años, en las ocasiones que le ha insultado el mal; saco la indicacion de estar viciada la melancolia en cantidad y cualidad *simul*, cuyos flatos se elevan por la region del corazon á el cerebro: y de aqui nace el quedar enagenado ó fuera de si con el pulso alborotado fuera de su orden natural, y por el movimiento local del corazon, se acelera el curso arterial de la sangre, y de esta pugna se origina el sudor ardiente y meloso, de que empieza el síncope, de cuya fuerza, por la determinacion

del movimiento local se muda el temple del sudor, de caliente en frio; y hiriendo y apoderándose el vapor ó flato de los órganos del cerebro, se extingue la virtud sensitiva y motiva, dejando al paciente esa opresión con semejanza de aletargaco; y á veces cuando trae mayor auge la causa con indicios de un grave parosismo, el cual mal lo he socorrido con fomentos cordiales y del cerebro, y para que conste asi lo siento, salvo *meliori* y lo firmo. En Cuenca en 17 de Febrero de 1740.”

XXIX

FINAL DE PASEO.

Nuestra pequeña *caravana* saliendo de la hacienda del Colegio, atravesó de regreso, rápida al gre y bulliciosa la esplanada de Tarqui.

Amelia, en su caballo negro, procedente de esos mismos criaderos, caminaba al paso volado, casi sin dejar huellas en el llano. El brioso animal de esbeltas formas, con las crines sueltas y sacudidas por el viento, las narices abiertas, resoplando un humo denso, los ojos ardientes, la cola levantada y desparcida como un penacho, llevaba a la hermosa joven, vestida de azul, como un cometa negro á Dia-

na cazadora.

Clotilde, en su corpulento moro, que caracolcaba fogoso, mascando espuma, llevando la cola corta y horizontal, acometía las bandadas de garzas y *curiquingas*, que revoloteaban en el aire. Quería cojer las aves al vuelo; mas las juguetonas se escapaban de entre las manos de la loquilla, formando círculos en su derredor y poniéndose cada vez á su alcance. [d]

Con movimiento acompasado, venían detrás de todos los paseantes, el Dor. Cifuentes y Julio. Este decía al primero, mostrando Francesurcu ó Puguín:

—Sr. cuando será que se restablezca esa señal en su verdadero sitio?

—Amigo mio: es necesario que suba al Poder un hombre como Rocafuerte, patriota, enérgico y de luces, para que comprenda la importancia de la obra, y la realice, como se hizo en Yaruquí.

—Si esperamos un tal acontecimiento, me parece que estamos muy distantes.

—Si, muy lejos, Julio, muy lejos.

[d] Estos volátiles han desaparecido casi por completo; y no se ven ya escenas como la descrita.

Habiendo llegado á Huahuatarqui, resolvieron avanzar á la ciudad por el camino de Gullanzhapa, que sale a Chahuarchimbana, remontando la colina de Turi. Se internaron, pues, entre esa multitud de colinas verdes, colocadas sin orden aparente; y entre risas y admiraciones, *chanzonetas* y pensamientos serios, ascendieron á la cima del Turi.

Eran las cuatro de la tarde cuando llegaron a la plaza del pueblo. El primer golpe de vista, para los que no habian contemplado de esa eminencia el valle de Cuenca, fué tan sorprendente, que atónitos soltaron las riendas y descaban mil ojos, para abarcar de golpe tan espléndido y pintoresco panorama.

Notando el Dr. Cifuentes esta sorpresa, especialmente en Dolores y su marido Fernando, invitó á desmontar y subir á ese montesito, que se levanta al occidente de la plaza, y desde donde se observan perfectamente los inmensos campos que se despliegan entre las altas cordilleras de Soldados, Gulag, Sayausí y Patamarca, al occidente; Zurampallo y Cojitambo, al norte; Guangareucho y Huahualzhuma al oriente; Gapal y Turi al sur.

Colocados en la cúspide de aquel montecito, entregáronse todos á esa contemplación indefinida é indefinible

que suspende las facultades morales, sin que uno mismo pueda darse cuenta de lo que pasa.

Estendiase al pie de los observadores la gran cuenca, donde se encuentra la ciudad y sus belisimos ejidos. Veíase el candaloso Chalinabamba, como un grueso tronco que se divide en cuatro ramas: el Machángara, el Matadero, el Yunqueay y el Tarqui, que á su vez se dividen en milénisimos ramales. Estos rios contienen en los ángulos que forman, esos fértiles y floridos campos, admiración de los viajeros; donde se divisa la erguida palma, habitadora de las ardientes playas, el aromático naranjo, hijo de los climas templados, y el vidrioso guapzay pino de nuestras frigidias regiones.

Advirtiéndolo el Dr. Cifuentes la aproximación de la noche llamó la atención de sus compañeros, y les dijo:

“ Amigos míos: ese sol purisimo que con sus últimos rayos embellece la atmosfera, finiendo de rosa las extremidades de las nubes y dejando ese fondo oscuro, precursor de la noche, nos anuncia que ha terminado nuestro paseo. Mas, antes de darnos el abrazo de despedida, deseo expresar algunos pensamientos que me han ocurrido en esta última hora de nuestra amena correría; y que ellos sean

la prenda de nuestra amistad, y el recuerdo perpetuo de estos dos días de alegre pasatiempo.

—Sor. dijo el padre de Amelia y Olotilde, no nos desconsoléis: por ventura, ¿será esta la primera y última vez, que nos proporcionéis placeres tan puros y delicados?

—No, mi digno amigo: pienso dar otro paseo con Uds. por Paute y Guallaceo, y recorrer esos campos de una temperatura inmejorable y de una belleza indescriptible.

—Gracias, señor, contestaron todos; y silenciosos, se propusieron escuchar á su caudillo.

“¡Adiós! por ahora, bella y apacible naturaleza. Nos despedimos de tí á la misma hora en que el astro del día se pierde en los confines del horizonte; y volvemos á la ciudad, á la monotonía de las ocupaciones ordinarias, donde el corazón aprisionado, apenas conservará las gratas emociones que le han mesido en estos días.

“Pronto el verde y florido campo será cubierto por el pavoroso manto de la noche: mas, vendrá la luna á disipar estas sombras, y plateada brillará en la soledad de estas colinas; y las avecitas regocijadas por la tenue luz y la calma, se meserán dulcemente sobre las ramas de los árboles. ¡Ah! si: la Providencia en todo tiempo y en todo

lugar, atiende y alhaga á sus criaturas.

“ Y tú, cielo, con tu Orión y con tu Cruz, con tu Sirio y tu Aldebaran, qué grandes lecciones sabes dar al que te contempla, signiendo la mano del Supremo Hacedor ?

“ La soledad y el amor, son los dos grandes sentimientos de la divinidad, ha dicho un profundo escritor. Como nó: ellos dejan al corazón, á la amistad, á los afectos inocentes hablar su propio idioma: los placeres de la conversación son mucho más interesantes; y la historia misma de los errores y de las ilusiones de la vida, toma un aspecto deleitoso y de profundas reflexiones.

“ La belleza física y la belleza moral se dan la mano en ocasiones, como esta; reconocen su paternidad y su origen común, como reunidas bajo la mano creadora de todo lo bello y todo lo sublime.

“ Señores: mirad la gran cordillera, cobijada de vaporosas nubes, y en cuyas cúspides parecen distinguirse los Angeles de la Tarde, cerrando los telones del firmamento, y esparciendo el sueño en todo el mundo

“ Descendamos, pués; y que la paz, y la concordia y el contento sean el lazo que nos una por siempre !

INDICE

INTRODUCCIÓN.

I	Preparativos para un paseo.	1
II	El camino de Tarqui.	4
III	Francesurco.	10
IV	El lonche.	18
V	Las cartas.	24
VI	La tempestad.	34
VII	La compañía académica.	37
VIII	La velada.	47
IX	La velada.	53
X	El paseo nocturno.	59
XI	La serenata.	65
XII	El río de sangre.	71
XIII	La entrevista.	76
XIV	El desafío.	82
XV	El lance.	89
XVI	La oración.	92
XVII	El Hayanfaile.	96
XVIII	El Laudate.	100
XIX	El epitafio.	103
XX	La plaza de toros.	106
XXI	La entrega de la plaza.	112
XXII	Los capcadores.	114
XXIII	El tumulto.	121
XXIV	La despedida.	125
XXV	La confesión sacramental.	128
XXVI	La fe de muerto.	131
XXVII	Reminiscencias.	134
XXVIII	La sentencia condenatoria.	138
XXIX	Final de paseo.	141

